

**FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI**

**VIERA Y CLAVIJO**  
**PERIODISTA Y ORADOR**

*D. Joseph de Viera y Clavijo*

**Las Palmas de Gran Canaria**  
**1991**

FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

**VIERA Y CLAVIJO**  
**PERIODISTA Y ORADOR**

---

Prólogo por:

**D. Antonio Rumeu de Armas**  
De la Real Academia de la Historia

FRANCISCO RODRÍGUEZ BATTIOLI

# VIERA Y CLAVILLO

PERIODISTA Y ORADOR

Prólogo por:

D. Antonio Ruano de Armas

De la Real Academia de la Historia

I.S.B.N.: 84-505-9816-8

Dep. Legal: G.C. 1.403 - 1990

IMPRENTA PÉREZ GALDÓS, S.L.

Profesor Lozano, 25 - El Cebadal  
35008 Las Palmas de Gran Canaria

# ÍNDICE GENERAL

Prólogo.....	7
Presentación.....	17
1.— P E R I O D I S M O	
I — Periodismo.....	23
II — Vocación periodística .....	27
III — El Puerto.....	31
IV — La Laguna .....	35
V — La Tertulia.....	39
VI — Periódicos manuscritos .....	43
VII — “La Gaceta” de Daute.....	49
VIII — Otros papeles noticiosos.....	53
2.— O R A T O R I A	
IX — Oratoria.....	61
X — Viera orador.....	65
XI — Viera, reformador.....	71
XII — En Madrid .....	77
XIII — Discursos y sermones .....	83
XIV — El regreso .....	89
XV — Últimos sermones .....	95
XVI — La sombra de Viera .....	99
Bibliografía.....	101
Nomenclatura.....	103
Obras del autor .....	105





*Retrato de D. José de Viera y Clavijo, pintado por Ossavarry poco antes de la muerte del primero, que se conserva en la Catedral de Las Palmas.*

## PRÓLOGO

Hace años que adquirí un gustoso compromiso verbal. El prestigioso escritor don Francisco Rodríguez Batllori, recientemente fallecido, me manifestó que estaba escribiendo un estudio sobre el insigne historiador Viera y Clavijo, expresando su deseo de que lo presentase al lector. Hoy cumplo la palabrada dada, en homenaje a su memoria, cuando creía frustrado el propósito, por los tristes avatares que experimenta el ser humano en el momento de acercarse al definitivo tránsito.

El original del estudio, en apariencia perdido, había quedado en la mesa de trabajo, con el esmero y la pulcritud de que siempre hizo alarde en sus producciones literarias. Su hermano Antonio, que cuida de editarlo, lo ha puesto en mis manos con particular devoción.

Se titula el escrito, como ha podido comprobar el lector, *Viera y Clavijo, periodista y orador*.

He de limitarme en la presente ocasión, por imperativo circunstancial, a destacar la relevante personalidad literaria del autor y a encarecer el mérito de la obra póstuma, en la que estudia dos facetas de la actividad creadora del eminente polígrafo tinerfeño.

Viera y Clavijo fue antes que nada y sobre todo *historiador*. Para Canarias se convirtió en una perfecta simbiosis de Mariana y Zurita a un tiempo. Ha sido, es y seguirá siendo nuestro clásico por antonomasia.

Pues bien, en homenaje póstumo a Batllori y en exaltación de Viera me propongo dar a conocer, como remate de este prólogo, las diversas incidencias que experimentó el libro *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* en su planteamiento, título, edición y desarrollo.

\* \* \*

Francisco Rodríguez Batllori tuvo una vocación temprana por el periodismo, al que hubiera consagrado seguramente su pluma si el ambiente de la época hubiera favorecido esta profesión. Pero el periodismo era, en su juventud, una actividad literaria carente de recursos, que forzaba al escritor poco menos que a “vivir del aire”. Batllori dio entonces un giro importante a su vida, orientando los pasos hacia los escalafones de la administración.

Pese a ello, como periodista nato, se vio siempre atraído por comentar la noticia y la efeméride, que es algo así como actualizar el pasado para mirarlo desde el presente. En este aspecto concreto Rodríguez Batllori hizo alarde de un sexto sentido para captar la noticia o el acontecimiento palpitante bajo el signo de la más viva actualidad. Sería interesante recopilar y reimprimir esta producción dispersa en periódicos de Madrid (en particular el diario, “A.B.C.”) y Gran Canaria, condenada a yacer en las hemerotecas, auténtico cementerio de la letra menuda impresa.

Rodríguez Batllori fue además un escritor de reconocido prestigio dentro y fuera del ámbito insular.

Como poeta sobresale por su inspirado estro, profundidad de pensamiento y moderna factura. Vienen a mi memoria en este instante sus libros *Efímera voz*, *Puente iluminado*, *Láminas de luz* y *Puzzle*.

Como prosista hay que destacar la fluidez de su estilo a un tiempo pulcro y castizo. Como libros de ensayos sobresalen *El escritor y su paisaje* y *Crónica intemporal*. En el capítulo de los libros de viajes se impone mencionar a *Andar y ver* y *Evocación y memoria de un paisaje*. En la crítica literaria merece particular recuerdo el libro *Glosario de un lector*. Por su parte *Crisálida* nos sorprende con un manojo de reflexiones y meditaciones.



Otra faceta de la actividad literaria de nuestro protagonista son los estudios galdosianos, rindiendo culto de admiración a la figura más importante de la literatura canaria, con dimensión universal, en auge constante; a él dedicó el libro *Galdós en su tiempo*.

Rodríguez Batllori había nacido en Gáldar en la primera década del siglo XX; y por esta vetusta y linajuda ciudad del norte grancanario sintió, como buen hijo, un amor desbordado. El afecto se ha hecho patente en dos publicaciones, que pueden encuadrarse en el ámbito histórico. La primera (en colaboración con su hermano Antonio) se titula: *Sardina, puerto del Atlántico*; en dicho escrito recapitula a un tiempo el pasado de Gáldar y el de su surgidero marítimo, llamados a formar desde sus orígenes una perfecta unidad geográfica. El segundo libro lleva por título: *Gáldar (Viñetas de una época)*; se trata de un conjunto de estampas y biografías de personajes populares, que componen el sugestivo mosaico de un pasado próximo llamado a revivir estrujando la memoria de recuerdos adolescentes.

En el apartado de varios hay que mencionar dos libros de diversa índole: *Porfiria (crónica de un paciente)*, dramático relato no exento de rasgos del más fino humor, y *Album de autógrafos*, auténtica antología en la que se recogen textos literarios ajenos, nacidos al calor del trato amistoso.

Como ha podido verse, la vida de Francisco Rodríguez Batllori hay que calificarla de provechosa y fecunda, siempre pronta a comunicarse con los demás, en aras de rendir culto al saber y la belleza.

\* \* \*

Viera y Clavijo, es el protagonista exclusivo del último libro salido de la pluma de Batllori, ¿Qué decir de este hombre preclaro, honra y prez del archipiélago canario?

De los seres con intelecto creador se suele afirmar que “nacén, pero no se hacen”. La frase es exagerada, pero tiene un fondo de verdad. La inspiración de un poeta o un músico, la mano firme de un pintor o de un escultor es un don de Dios, que se reparte con cicatería entre los hombres. Pero el genio literario, musical o artístico ha de “hacerse” posteriormente con una preparación adecuada que pudiera calificarse, si se quiere, *menor*.



En cambio, el intelectual erudito, el humanista o el científico, “no nace sino que se hace”, en un esfuerzo continuo de estudio y superación. Precisa de una inteligencia; pero hay que templarla en el yunque del trabajo sin tregua ni descanso.

El gran enigma de la vida de Viera y Clavijo será siempre el de su preparación, por tratarse del prototipo del *autodidacto* que todo lo aprendió en los libros. La influencia educativa de sus maestros dominicos del convento de La Orotava tuvo que ser por fuerza escasa, porque nadie puede dar más de lo que en si mismo posee.

Viera fue desde su niñez un auténtico devorador de libros en todos y cada uno de los lugares de su residencia: Puerto de la Cruz, La Orotava, La Laguna, Madrid, París, Roma, Viena, etc. Y como buen socrático se declaró apasionado discípulo de todo aquel que en la conversación pudiera enseñarle algo de provecho.

Es sorprendente lo que, con armas tan débiles y precarias, consiguió nuestro protagonista, pues nadie le discute un puesto preeminente, en la erudición, en el ámbito cultural de la España ilustrada.

Como historiador nos ha legado una auténtica joya, de subidos quilates, a la cual volveremos a referirnos en párrafos venideros. Como naturalista, el *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, es una aportación valiosísima. Pero además de todo esto, cultivó los más diversos géneros literarios (poesía, teatro, etc.), sobresaliendo de paso como orador, periodista, químico y físico. La condición sacerdotal le impuso en el conocimiento profundo de la teología y la filosofía.

Francisco Rodríguez Batllori hace objeto de particular estudio en su libro de dos actividades *menores* del famoso abate: el periodismo y la oratoria.

Viera y Clavijo fue el precursor del periodismo en Canarias. La carencia de una imprenta adecuada, obligó a nuestro autor a valerse de hojas volanderas manuscritas, que se multiplican hasta el infinito por la voracidad de que hacían gala los lectores. *El papel habdomadario*, *El Piscator Lacunense* y sobre toda la *Gaceta de Daute* fueron obra personal del abate, quien hacía alarde de un humor y de una sátira punzantes. En la famosa tertulia de Nava se gestaron estos pliegos, que alababan o zaherían la sociedad de aquel tiempo.

Los sermones de Viera y Clavijo se perdieron en los tornavoces de los púlpitos. Fue orador de moda en La Orotava, La Laguna y hasta en Madrid. Por algún que otro sermón impreso y por las oraciones académicas podemos vislumbrar que se situó en una línea purista y castiza, rechazando de plano la oratoria barroca, altisonante, conceptista y huera.

\* \* \*

He prometido, en las líneas de cabecera del presente Prólogo, ahondar en aspectos desconocidos del papel de Viera como máximo historiador de Canarias. Y me complace descorrer el velo de los proyectos, planes e inquietudes que movieron la pluma del insigne polígrafo.

Como el tema es arduo, se impone un planteamiento muy ordenado y preciso.

#### 1.— *La vocación histórica de un sabio humanista*

Don José de Viera y Clavijo es nuestro historiador clásico por antonomasia. Con él se cierra la etapa de los cronistas bien intencionados, ingenuos o indigestos para dar paso a la historia crítica sobre firme base documental. Con independencia de la labor historiográfica, hay que destacar la sólida cultura humanística y el casticismo de una prosa de incomparable belleza.

No sabemos cuándo nació la vocación histórica en la mente de Viera. Pero sí cabe afirmar que fue incitado y estimulado a ello por los conspicuos eruditos de la tertulia lagunera del palacio de Nava. Se conoce el año, 1763, en que nuestro protagonista inició la ardua tarea y el lustro que le ocupó redactar el primer tomo de la *Historia*(1763-1768). Con posterioridad fue corrigiendo y perfilando este volumen, para dar paso a la preparación del segundo.

Como en las islas Canarias no había por entonces posibilidades de impresión de obras de envergadura, no le quedó otro recurso al insigne erudito que trasladarse a Madrid. La entrada en la capital se señala en diciembre de 1770.

Una vez acomodado en la corte, la primera preocupación fue encontrar un impresor competente, Blas Román, a quien hizo entrega del borrador manuscrito en 1771. De esta manera en 1772 salía de los tórculos el primer tomo de la importante y decisiva obra.

El segundo volumen de la *Historia* no se hizo esperar, pues aparecía un año más tarde, es decir, en 1773.

Los tomos III y IV tuvieron que ser redactados íntegramente en Madrid, compatibilizando esta delicada tarea con ocupaciones diversas y viajes. Por esta razón se retrasaron respectivamente hasta 1776 y 1783.

## 2.— *Objetivos historiográficos.*

### *El extraño título propuesto por Viera para su obra.*

A todo lo largo de las centurias XVII y XVIII la nueva historia crítica y documental adquirió en la Europa culta un formidable desarrollo.

Jean Bolland y Daniel Papenbroch se ocuparon de depurar la hagiografía de invenciones, leyendas y milagrerías. En ámbito distinto, la crítica textual, Jean Mabillon, los benedictinos de Saint-Maur y Ludovico Muratori establecieron los fundamentos de una ciencia nueva, la diplomática, base y soporte de la historia crítica.

En España la tarea resultó mucho más ardua, pues un conjunto de cínicos eruditos (Román de la Higuera, Tamayo de Salazar, Lupián de Zapata, etc.) se sirvieron de textos espúreos, los llamados *falsos cronicones*, para distorsionar el pasado, sembrándolo de supercherías y falacias.

En Canarias, Marín y Cubas se hizo eco de las invenciones, con sorprendente candidez.

La reacción en nuestra patria no se hizo esperar. Un grupo benemérito de historiadores españoles: Nicolás Antonio, Mondéjar, Belando, Feijoo, Florez, Ferrera, Mayans, Burriel, etc., se entregaron, con extraordinario celo, a cortar la cizaña, a dar a conocer fuentes nuevas depuradas y a elaborar síntesis presididas por un apasionado purismo.

¿Conoció Viera la obra histórica de bollandistas y maurinos? El aislamiento del archipiélago le impidió, en esta primera hora, el acceso directo a la nueva historia, pero, en cambio, conectó con ella a través de Feijoo, Florez, Ferrera y Mayans.

Viera y Clavijo al empuñar la pluma, se señaló cuatro objetivos fundamentales:



- 1º Depuración de su proyecto histórico de tradiciones infundadas, sucesos inverosímiles, leyendas, supersticiones y milagrerías.
- 2º Utilización al máximo de cuantos documentos se conservasen en bibliotecas y archivos, después de sometidos a severa crítica.
- 3º Superación de las rígidas limitaciones subjetivas y objetivas de antaño (el héroe como sujeto y la política como exclusivo objeto).
- 4º Amplitud de base, abriendo camino a la historia social económica y cultural.

Una vez concluido el primer tomo, Viera y Clavijo estampó con su clara y pulida letra, este extraño título:

**Ensayos sobre la historia natural y civil de las islas Canarias.**

Como el título va a tropezar con el rechazo oficial, conviene que nos entretengamos en conocer el plan de la obra, para discernir de parte de quién estaba la razón, si del autor o sus impugnadores.

3.— *El plan de Viera y Clavijo para una Historia de las Islas Canarias.*

Cualquier autor que acomete la realización de un libro ha de someterse a un plan. Si la obra se imprime, una vez concluida, el sumario de la misma se adivina hojeando los capítulos.

Distinto fue el caso de la *Historia* de Viera y Clavijo, cuyos tomos se escribieron, uno tras otro, al correr del tiempo. Por esta circunstancia le resultó obligado exponer en el Prólogo del primer volumen el plan completo de la publicación. Conviene señalarlo, con objeto de comprobar si el sorprendente título que le asignó a la obra es rigurosamente exacto, y si cumplió sus promesas o se vio obligado a alterarlas sobre la marcha.

He aquí el programa del estudio, con su cuestionario temático, numerado y ligeramente resumido:

1. Descripción topográfica de cada una de las islas. Ciudades, villas, aldeas, pagos, montes, puertos, mares; en una palabra, toda su geografía.



2. Excelencias, fábricas, navegación, comercio, ordenanzas, producciones y singularidades.
3. Usos, costumbres, origen, carácter y gobierno de sus primitivos habitantes.
4. Descubrimientos, conquistas y establecimientos de los europeos en ellas.
5. La nobleza, sucesión, privilegios y servicios de las casas más distinguidas de sus conquistadores y pobladores.
6. Sistema eclesiástico, político, económico y militar.
7. Varones ilustres por dignidades, empleos, armas, letras y santidad.
8. La serie cronológica de sus gobernadores, generales y obispos.

¿Este ambicioso plan se cumplió en todos los presupuestos? Tenemos que confesar, a la vista de los cuatro tomos, la existencia de importantes lagunas y notorias carencias.

Viera y Clavijo desarrolló plenamente los enunciados 3 (mundo aborigen), 4 (exploraciones europeas y conquista-colonización española) y 6 (gobierno político, económico, militar y eclesiástico). Pero en otros ámbitos la información es sucinta o se abstiene por completo de entrar en el temario. Tratamiento circunstancial y esporádico para los números 1 (naturaleza y geografía), 7 (biografías simplistas de hijos ilustres) y 8 (listas de cargos públicos, salvo capitanes generales y obispos, tratados extensamente). Muy poco del 2 (actividades económicas: agricultura, comercio, navegación, obras públicas, etc.). Y nada del 5 (clases dirigentes insulares, salvo la nobleza que ejercía jurisdicción señorial).

4.— *La censura previa por parte del Consejo Real.*

*La Real Academia de la Historia se opone al título propuesto.*

Con los antecedentes expuestos por delante, no podrá sorprendernos que el Consejo Real y la Real Academia de la Historia opusiesen serios reparos al título de la obra y ninguno, en cambio, al texto.

Como es sobradamente conocido, en el siglo XVIII todas las publicaciones estaban sometidas a censura previa del Consejo Real. Era costumbre inveterada de este organismo solicitar el dictamen de la Real Academia de la Historia en los libros de esta especialidad. El encargado de redactar el informe fue el presbítero don Felipe García de Samaniego y Montalvo, quien lo evacuó el 7 de abril de 1772.

Recordemos el título propuesto por Viera y Clavijo: *Ensayos sobre historia natural y civil de las islas Canarias*.

A juicio del censor Samaniego no estaba justificada de ninguna manera llamar *Historia natural* al tomo I del manuscrito presentado a la consideración académica.

Es cierto que otros autores habían utilizado esta denominación con razones de peso. Valgan, como ejemplos, la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y más todavía aún la *Historia natural y moral de las Indias* del padre jesuita José de Acosta. El primero repartió, por mitades, historia pura y naturaleza, haciendo revivir la empresa española en América junto con el mundo aborigen, el hombre, la tierra, la flora y la fauna. El segundo consagró exclusivamente su pluma al “cielo, temperamento y habitación de aquel orbe”, a los “metales, plantas y animales” y al conocimiento de los indios y sus costumbres.

Hubo un escritor, afincado temporalmente en el archipiélago, el padre jesuita Alonso García, autor de una *Historia natural y moral de las islas Canarias* hoy desaparecida, que debería estar escrita de acuerdo con las pautas apuntadas. Esta circunstancia hace más sensible la pérdida.

¿Qué había de *Historia natural* en el primer tomo de Viera y Clavijo? Una nociones elementales de geografía y un interesante tratado etnológico sobre los guanches. Los planteamientos no variaron para los tres restantes volúmenes, aparecidos con posterioridad.

El censor Samaniego impugnó asimismo como impropio el título de *Historia civil*, con el sentido de crónica viva de la sociedad, por estimar que el libro de nuestro protagonista seguía siendo esencialmente político.

Una vez recibido el dictamen académico, el Consejo Real propuso una tercera modificación. Le pareció anómalo llamar *Ensayos* a una obra densa y profunda, sugiriendo como título *Noticias*.

5.— *Viera y Clavijo acepta el dictamen académico.*  
*Cambios introducidos “motu proprio”.*

El humanista e historiador tinerfeño se sometió, sin rechistar al “sabio” pronunciamiento. ¿Qué otra cosa podía hacer en una España ilustrada, pero autocrática?

Ahora bien, a la hora de rectificar, decidió introducir dos nuevas e intrascendentes modificaciones. De esta manera el laborioso título de su obra quedó redactado definitivamente así:

**Noticias de la historia general de las islas de Canaria.**

ANTONIO RUMEU DE ARMAS

De la Real Academia de la Historia



## PRESENTACIÓN

Volver a Viera y Clavijo es siempre estimulante. Cuestiones agazapadas en los repliegues de su obra incitan a repensar juicios y valoraciones que ya fueron estudiados por quien esto escribe, hace varias décadas.

Hace años traté de responder a estas mismas cuestiones desde una óptica distinta, quizá poco ortodoxa, por exceso de urgencias y escasez documental. Pretendo ahora conectar a este tipo humano de excepcional magnitud con una parte muy específica de su obra. Al escribir esto pienso en Mukarovski, de quien aprendimos que la personalidad del escritor, del artista en general, es parte de su obra. La del arcediano Viera lo es muy marcadamente. Junto al tema perceptible está el autor que, al modo de los pintores de ayer, gustaba ponerse en un discreto rincón del cuadro para contemplar su obra y ser contemplado por los demás.

Viera vivió tierras isleñas, calles madrileñas y recovecos de Europa. Para todo tuvo mirada penetrante, literalmente penetrante, que cató hondo en la realidad: escribe y transcribe lo que en cada momento reclama su atención. Supo conocer y tratar a las personas desde abajo, pero esto no le impidió mirarlas también desde muy arriba, provocando, a veces, situaciones de humor sarcástico que le acarrearón serias contrariedades. El "Barón de Pun" es creación en que lo literario entra más que lo personal, pero trasluce un poco del autor. Es una máscara puesta al arquetipo para habilitar y colocar en órbita a quien podía ser utilizado con designio burlón. Este personaje literario es sustancial y formalmente caricatural.



Al estudiar una faceta de la obra de un escritor es necesario atender al tiempo de la escritura, es decir, al período literario en que el texto fue redactado. Esto no debe omitirse, sobre todo, cuando se trata, como en el caso presente, de analizar una vertiente tan específica de la obra de Viera como la que supone clarificar su vocación periodística y subrayar su gran influencia en los cambios operados en la oratoria sagrada de su época. El estilo literario, las costumbres, la situación sociocultural son factores que ayudan a comprender las razones del escritor, del orador, mientras su obra, su palabra, germinan.

Escribió Viera y Clavijo una gran parte de su obra en años muy marcados por el sello de la Ilustración. Los escritores franceses, la influencia de Voltaire flotaban en el ambiente. En una pretensión de evocar la esencia de esta época, tal vez apareciese como síntesis el suave paisaje lírico de un Wateau contrastando violentamente con la demoledora sonrisa de Voltaire: delicadeza y criticismo. Jardines soleados, palacios neoclásicos; ciencia nueva, crítica acerba, destrucción de prejuicios y desprestigio de tradiciones. Un nombre que sintetice esta época: Enciclopedia. Viera opta por formas no exacerbadas pero se revela contra la decrepitud claudicante y pasiva de la cultura isleña. Su insatisfacción le lleva a enfrentarse con lo que hasta entonces parecía intocable, sin caer en la negación de sólidas ideas e invariables convicciones. Su obra proclama la inspiración del hombre riguroso que utiliza la pluma y la palabra como vehículo de comunicación, denuncia y enseñanza.

Con el instrumental que poseo acometo la tarea, viva y punzante, de espigar en el laberinto de la obra de Viera y Clavijo y extraer la raíz nutriente de ciertas estructuras formales que descubren los rasgos inequívocos de un periodismo incipiente, y la identidad de una entrega a la transformación y el desarme de las formas barrocas de la oratoria sagrada.

Pienso que hay que salvar a Viera de un posible silencio; traerlo a primera fila y acostumbrarnos a hablar de él como uno de los grandes pilares de la cultura canaria. Debe hurgarse en la curiosidad y el fervor de futuros devotos. Porque Viera y Clavijo no solamente fue el historiador de Canarias; fue, como observa el profesor Serra Rafols, “esencialmente un escritor, un literato que cultivó la historia”.

Actualizar a Viera siempre tiene algo de tentación aventurera. Distante de nuestra sensibilidad, incomprensible a veces para el actual entendimiento literario, su obra ha logrado sobrevolar ciertos injustificados y exigentes rechazos. Con Viera nos llega siempre la seducción de un mundo que no hemos vivido y que por ello es grato exhumar.

EL PERIODISMO

# PERIODISMO

No son muy explícitos los Diccionarios de la lengua y de la Literatura cuando tratan de explicarnos lo que son el periodismo y el artículo periodístico. Despaciamos el tema con la afirmación de que este último es un escrito más o menos extenso que, fundado en un tema, ve la luz en una publicación.

## 1. PERIODISMO

El lector desea saber cuál es una idea exacta sobre lo que distingue a la noticia del artículo periodístico. Más que explicar las cosas que, para algunos especialistas, es difícil, ponga en trance a los lectores de que puedan ellos mismos descubrir. Como género literario el artículo induce a evaluación en cuanto puede mantener ideas filosóficas, de sociología y de ideología. ¿Desarrolla, así, el tema? La noticia periodística, no escrita de manera propia —a menudo de forma técnica—, no ofrece dificultades para su identificación.

¿Cuál es entonces el "género periodístico"? En el siglo XVIII nombres importantes, con sus libros en sus tiempos, son puestos serios y serios, si así se quiere, adelantados de una periodística diferente. Basta pensar en don Francisco Martínez de la Cruz, don José Clavijero y Fajardo y, naturalmente, José de Viera y Clavijero. Puede decirse, sin embargo, que, en cuanto a técnica, poco o nada tienen que ver sus escritos con lo que hoy entendemos por estilo periodístico. El desarrollo de la crítica era, sin duda, una necesidad impuesta por el carácter de la prensa, la exigencia retórica en literatura negativa se ve en la simple expresión



## P E R I O D I S M O

No son muy explícitos los Diccionarios de la lengua y de la Literatura cuando tratan de explicarnos lo que son el periodismo y el artículo periodístico. Despachan el tema con la afirmación de que este último es un escrito más o menos extenso que, firmado o sin firma, ve la luz en una publicación. No quisiéramos nosotros, al discurrir brevemente sobre el tema, caer en la vana tentación de definirlo con mayor acopio de palabras. El lector menos sutil tiene una idea exacta sobre lo que distingue a la noticia del artículo periodístico. Más que explicar las cosas conviene a veces sugerirlas, es decir, poner en trance a los lectores de que puedan ellos mismos definir las. Como género literario el artículo induce a confusión en cuanto puede contener ideas filosóficas, de sociología o costumbrismo...; convertirse, incluso, en ensayo. La noticia periodística, no exenta de maneras propias —e incluso de cierta técnica—, no ofrece dificultades para su identificación.

¿Cuándo comienza el “género periodístico”? Existen en el siglo XVIII nombres importantes, con una labor en este campo, que pueden ser considerados, si así se quiere, adelantados de una primigenia informal. Basta citar a don Francisco Mariano Nipho Cajigal, don José Clavijo y Fajardo y, naturalmente, José de Viera y Clavijo. Puede decirse, sin embargo, que, en cuanto a técnica, poco o nada tienen que ver sus escritos con lo que hoy entendemos por estilo periodístico. El ornamento de la época era, sin duda, una necesidad impuesta por el canon estético; pero la excesiva retórica influía negativamente en la simple expresión de la idea.



Desde mitad del siglo XV pasan ya de mano en mano cartas noticieras manuscritas que relatan determinados hechos de general interés. Pero sólo se puede hablar de periodismo partiendo de la personalidad creadora, aislada, de Larra, influida por una desenfadada manera de escribir. Mariano José de Larra representa la visión crítica de la realidad de una época dominada por la más exaltada imaginación. Fue esencialmente periodista, el mejor de su tiempo. Sus artículos, más ricos de contenido que de estilo, revelan una honda preocupación angustiosa por el porvenir nacional. Luego se abre paso la generación de Mesonero Romanos y Serafín Estébanez Calderón. "El curioso parlante" trata, con benévola y un tanto maliciosa socarronería, las costumbres de la clase media madrileña. De Estébanez Calderón nos quedan unas animadas y castizas "Escenas andaluzas" llenas de interés folklórico y gracia pintoresca. Por caminos difíciles y puertas estrechas, conforme crece la atención de las gentes el periodismo, la difusión de ideas, la transmisión de noticias terminan por convertirse en algo sustancial que persigue la permanente comunicación con amplios sectores de la sociedad.

Un detalle interesante en el "momento periodístico" vivido por Viera es el concepto de actualidad. Casi nunca se glosaba un tema o un suceso de actualidad sino un "ambiente actual", que es cosa distinta. En esta línea se mantenían sus cartas y Diarios, paradigmas de una rigurosa fidelidad a ese fluido invisible que es el "aire ambiente".

Viera es, en este aspecto, un precursor que prepara un clima propicio a quienes habían de sucederle. No pretendemos hacer ningún descubrimiento que pueda llevarnos a más explícitas deducciones; pero quizá nos acerquemos a la verdad si afirmamos que el periodismo canario del XIX, pese a su afán renovador, descubre su natural parentesco con el del siglo precedente. No es del todo aventurada esta afirmación si tenemos en cuenta que, en un viejo artículo de "Azorín", ya se aplicaba este criterio respecto a la influencia de épocas inmediatamente anteriores en el periodismo de la generación del noventa y ocho. Siendo esto así en el periodismo nacional, no existe razón para descartar en la evolución de la prensa novecentista del archipiélago determinados factores derivados de anteriores elementos. <sup>(1)</sup>

(1) A don Luis Maffiotte se deben las más completas noticias sobre los orígenes y la historia del periodismo en el archipiélago canario. Hacia 1751 y 1752 —escribe— "empezaron a circular en las principales poblaciones de Canarias unos manuscritos en forma periódica... y de redacción casi siempre anónima".— L. Maffiotte: "Los periódicos en las islas Canarias".— Apuntes para un catálogo.— 3 vol.— 1905-1907.— Madrid.

Las andanzas de Viera y Clavijo por los caminos de España y otros pueblos de Europa se incorporan a sus escritos de esta época con el carácter de crónicas de amplia geografía y escenario cosmopolita, aunque no pueda decirse que tales escritos tengan algo que ver con el rigor y la ortodoxia de artículos periodísticos, según su arquitectura formal. Máximo representante del bisono periodismo canario de su época, puede ser considerado también como el primer nombre de una genealogía racional y no fantástica del género. El periodismo de Viera, en su dimensión y características, sólo debe enjuiciarse como el fenómeno de una época. Encontró la didáctica periodística en su infancia, tal como se encontraba, por ejemplo, la Gramática en tiempos de Nebrija. Nos hallamos en presencia de un polígrafo, cultivador simultáneo de la poesía, la Historia y la ciencia. Su periodismo consiguió equilibrar un tono y un tino, nuevos en el archipiélago. No le exijamos más.

Para don Elías Zerolo, el mérito de los papeles manuscritos de Viera, su forma periódica y lo mucho que circularon, autoriza a considerarlos como el origen del periodismo isleño: “Véase por dónde la memoria del señor Viera y Clavijo se ha hecho, si ya no lo fuera por sus otros importantes y numerosos trabajos, acreedora a la admiración de todos como nuestro primer periodista que, conocida su facundia y laboriosidad, a haber vivido en nuestros tiempos, sólo en la redacción de periódicos hubiera encontrado medios para emplearlas”.

## VOCACIÓN

La personalidad de Viera y Clavijo llena muchos espacios en la sociedad de su época. Su curiosidad científica, su espíritu en constante vigilia intelectual, su interés por los problemas humanos, su capacidad para informar y ser informado, su tolerancia o comprensión frente a quienes le ofrecen mieles o le obsequian acíbar, según soplen los vientos, le permiten ocupar un lugar de vanguardia y sobrevolar con elegancia algunos quisquillosos reductos de la vida cultural de su tiempo. Allí donde surgía una idea nueva, donde alumbraba la luz de un intento, allí estaba su afán de comprenderlo todo, de hallar el nexo lógico y coherente de los acontecimientos. Avido de participar en las novedades puestas en circulación, clava en ellas su vista diáfana y profética y se anticipa a lo que, siendo todavía una esperanza, aporta algún indicio de rigor científico.

Capaz de hacer la síntesis de lo que aún se hallaba envuelto en esa vaga inconcreción de lo posible; seguro y dueño de sí frente al futuro; audaz e ilusionado, Viera llevaba en su espíritu el germen de aquellas cualidades que apoyan y fomentan lo que hoy llamaríamos "inclinación periodística". No pocos de sus escritos dejan de ser historia, ciencia o mera literatura para adquirir la forma y adoptar el estilo de una crónica informativa. Como un hábil "reportero", escribía en lenguaje directo y claro; no solía ahorrarse ese destello pintoresco o anecdótico que a veces acompaña a lo sustancial. Daba la sensación de salir tras la noticia, en su busca, para satisfacer el afán informativo de los demás, cuando realmente sólo trasladaba al papel lo que el mundo en torno le sugería.



Ejerce una dimensión cultural que equivale a un análisis penetrante del fenómeno intelectual de su época. Poseía la afilada curiosidad del polígrafo y no debe olvidarse que el periodismo es una peculiar poligrafía.

Descubre con su prosa, con sus versos, sus ensayos y experiencias científicas una forma de entender el fenómeno cultural y deja en herencia a quienes vinieron después una luminosa lección formativa, de limpia ejecutoria ética y estética. No hay siglo XVIII en Canarias sin pasar por Viera. Producto muy representativo de su época, creía en el progreso, en los adelantos de la ciencia y su utilidad para conformar el mundo del futuro. Para que nada faltase, practicaba un moderado volterianismo<sup>(1)</sup> y desahogaba sus humanas comezons disparando, entre la devanadera de sus escritos, irónicos y punzantes alfilerazos. A la postre sobresale un común denominador: su actitud obedece siempre a móviles culturales.

El periodismo iniciaba su andadura en la península y Viera intuía su poderosa influencia en el común de las gentes, más inclinadas a la lectura fácil, anecdótica y novelera que a los sesudos textos de oscura prosa y honda meditación. No disponía de los medios de impresión que empezaban a utilizar los periódicos madrileños y de otras capitales peninsulares —evolución lenta y retrasada del invento de Gutemberg— pero su inquietud temperamental le daba ánimos para suplir deficiencias: copias manuscritas pasaban de mano en mano, lográndose así la intención informativa y educadora del autor de los textos. El periodismo descubre la vocación docente de Viera y su capacidad para observar e interpretar cuanto le rodea. “Como es bien sabido —escribe Olegario Negrín Fajardo<sup>(2)</sup>— Viera pasa por ser la figura más representativa del movimiento ilustrado canario y fue seguramente la que mostró mayor preocupación por el hecho educativo y la reflexión pedagógica, de lo que son buena prueba sus obras escritas y el quehacer educativo que desarrolló de manera incansable en diversas actividades docentes”. Le divierte hacer llegar a los laguneros la gracia de la noticia, el enredo o las alusiones contenidas en las páginas de la “Gaceta de Daute”, en lugar de revestirse

(1) “No fue el siglo XVIII en nuestras islas distinto del peninsular o, en conjunto, del europeo. Tuvo sus notas insulares propias, pero en líneas generales no difiere en nada del nacional y extranjero; y ya veremos que muchas veces está más cerca de este último que del primero” (Alfonso Armas Ayala: “El Neoclasicismo en Canarias”.—Rev. “El Museo Canario”, julio-septiembre 1945).

(2) Negrín Fajardo, Olegario: “Retablo de educadores canarios contemporáneos”.—Anuario de Estudios Atlánticos.—N.º 28.—Año 1982.—Pág. 706.

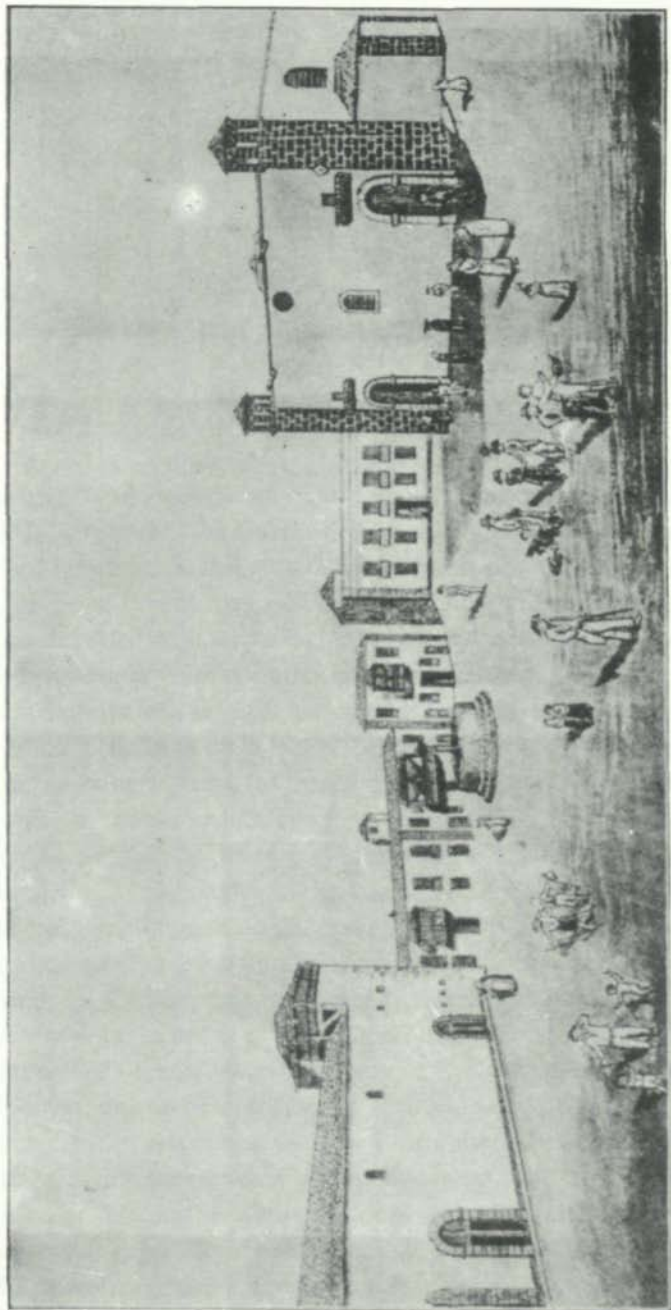
de seriedad para impartirles agudezas filosóficas. Reserva su gravedad para interpretar el acontecimiento histórico o revelar sus estudios sobre leyes físicas y curiosidades botánicas.

El efecto primordial de sembrar la inquietud y fomentar la curiosidad por la noticia, tan definitorio del testimonio periodístico, alcanza en Viera la plenitud de su eficacia. Cuando escribe sus cartas madrileñas ¿no hace también periodismo? De su pluma vuelan noticias llenas de color sobre las hábiles acrobacias de los volatineros, la quema de los Judas, las maravillas que con tres caballos ejecuta un inglés adiposo, los vendedores de horchata en la Plaza Mayor, los majos de la Cebada, los “predicadores” de esquina en la Puerta del Sol... Es el deslumbramiento, el descubrimiento de un nuevo escenario que en nada le recuerda el de la apacible y silenciosa ciudad de los Adelantados.

Fue tan profundo el arraigo y el atractivo de los manuscritos de Viera que no existía tertulia medianamente culta donde no se conocieran y comentaran. “Hasta las damas que sabían leer con facilidad, que era pocas, —escribe Rodríguez Moure— tenían a gala sacar copia de las producciones del oráculo, sin que se les atravesara en la garganta algún pelillo de las burlas a lo piadoso que solían contener, o las pusiera coloradas alguna frasecilla de intención, aunque cultísimamente deslizada” (3). En estos papeles manuscritos que apenas salían de sus manos eran reproducidos y devorados con verdadera fruición, dejó impresa Viera la huella de su vocación informativa. Y siendo ésta tan arraigada, no deja de sorprender su sistemática resistencia a colaborar en publicaciones de gran difusión, donde hubiese encontrado un amplio campo, de manos de su amigo Mr. de La Blancherie, director propietario de revistas francesas.

Visto por nuestros ojos y desde las voltarias y encendidas perspectivas de hoy, el periodismo de Viera puede parecernos una estremecedora apoteosis de vulgaridad, un claro exponente de infantilismo. Pero si atendemos al momento histórico y somos capaces de comprender el propósito y la finalidad de aquella original “travesura”, hemos de concluir que merece la pena dedicar unos comentarios a su estudio.

(3) José Rodríguez Moure: “Juicio crítico del historiador de Canarias don José de Viera y Clavijo”.— S./C. de Tenerife, 1913. Pág. 25.



Puerto de la Cruz. La Plaza Parroquial (dibujo de Álvarez Rixo).



### III

---

## EL PUERTO

Nació Viera y Clavijo en el Alto Realejo tinerfeño, el 28 de diciembre de 1731. Sus padres, don Gabriel del Alamo y Viera y doña Antonia María Clavijo, naturales de la Orotava, trasladaron su residencia al Puerto de la Cruz poco tiempo después de que el futuro historiador viniera al mundo. En el Puerto nace su hermana María Joaquina, cuya obra poética ha merecido una valoración crítica de diverso signo. Ya en esta época la localidad ribereña se había convertido en uno de los principales canales por donde penetraba en la isla el influjo cultural europeo. El comercio de vinos estableció entre las Islas Canarias y el continente una estrecha vinculación que no se limitaba a lo estrictamente mercantil; favoreció también la llegada de libros portadores de las corrientes universales del pensamiento, la ciencia, la política y la filosofía. El contrabando de libros y los primeros intentos de penetración masónica en Tenerife, a través del tráfico marítimo, encontraban una relativa facilidad en las poblaciones del valle del Taoro, pese a la estrecha y tenaz vigilancia ejercida por las autoridades de la isla y el tribunal del Santo Oficio. Algunas familias disponían de lugares reservados para la ocultación cautelosa de libros prohibidos; mucho tiempo después, avanzado el siglo XIX, no era difícil encontrarlos en estanterías secretas y disimuladas trampillas que habían quedado olvidadas en algún desván de las casas de campo. “En medio de la carga de vinos —escribe Alfonso Armas Ayala— ya se cuidaban los barcos de dejar, fuera de la celosa mirada de la Aduana santacrucera, algún libro o folleto recién salidos de las imprentas europeas,

principalmente de las francesas... Este aspecto de los libros prohibidos es una nota esencial de la época..."<sup>(1)</sup>.

El desarrollo del Puerto siguió la evolución que caracteriza a la mayor parte de los pueblos ribereños que tienen a su alcance algún producto comercial exportable. Viera y Clavijo, sin apenas motivo, lisonjea en cierta ocasión con el calificativo de "hermosísimo" al Puerto de la Cruz que había conocido en su adolescencia. Pero la realidad era otra: el aspecto urbanístico de este pueblo no ofrecía una estampa ejemplar; pasó mucho tiempo antes de que su arcaica arquitectura, arbitrariamente concebida, cediese el paso a edificaciones de mejor traza: patio central luminoso, corredor sostenido sobre gráciles columnas y amplio balcón de tejadillo y celosías, airosamente volado a lo largo de la fachada; los mismos que pasaron a las Indias para adquirir carta de naturaleza en San Juan, Cartagena o la Plaza de Armas de Lima, como observa Manuel Alvar en "Vegueta, la adormecida"<sup>(2)</sup>. Abundaba la "tea" resinosa, y el tallador isleño ponía a contribución su destreza en la esmerada labor artesana.

Afluían al Puerto gentes procedentes de Inglaterra, Irlanda, Portugal, Francia y Génova. Inversamente, muchos naturales de las islas emigraban a América en busca de quiméricas fortunas, casi nunca alcanzadas. Los extranjeros, con mayor instinto comercial explotaban provechosamente el negocio de los vinos canarios sin necesidad de desarraigarse de sus respectivos países. La emigración irlandesa y escocesa estaba motivada, en gran parte, por las luchas y persecuciones religiosas que obligaban a muchas gentes a buscar refugio en países de tradición católica. La cadena de intereses materiales con que aquellos extranjeros eslabonaron algunas riquezas locales propició la salida de algunos jóvenes isleños que trajeron a su regreso, aparte del idioma y las costumbres adquiridas, unas sólidas bases de conciencia intelectual.

La niñez de Viera y Clavijo, transcurrida en este ambiente, fue pródiga en contrastes. Su fragilidad física no constituyó un obstáculo al desarrollo de su formación intelectual; de complejión débil y salud precaria, sus primeros años transcurrieron entre la monótona enseñanza elemental y los estudios necesarios para iniciar la carrera de la Iglesia,

(1) Alfonso Armas Ayala: Rev. "El Museo Canario".— Julio-septiembre, 1945.

(2) Manuel Alvar: Tercera página de "ABC".— 15 marzo 1984.

por la que mostraba decidida inclinación, siguiendo los pasos de su hermano mayor, Nicolás, que cursaba también estudios eclesiásticos. Siguió en La Orotava cursos de Filosofía y Teología. Asistido por una feliz memoria y con cierta facilidad dialéctica, muy joven aún participó en conclusiones públicas y claustrales. Al ser ordenado subdiácono se le autorizó para ocupar la sagrada cátedra. Unos años más tarde no era sólo el discípulo aprovechado de la Escuela Eclesiástica del convento de La Orotava; era —como apunta Rodríguez Moure— “el pájaro escapado de la dorada jaula que, contento con la libertad adquirida y libre de las cadenas de los **ergos** y **distingos**, deleitábase en examinar y escudriñar valles y llanuras ignoradas a su inteligencia”<sup>(3)</sup>.

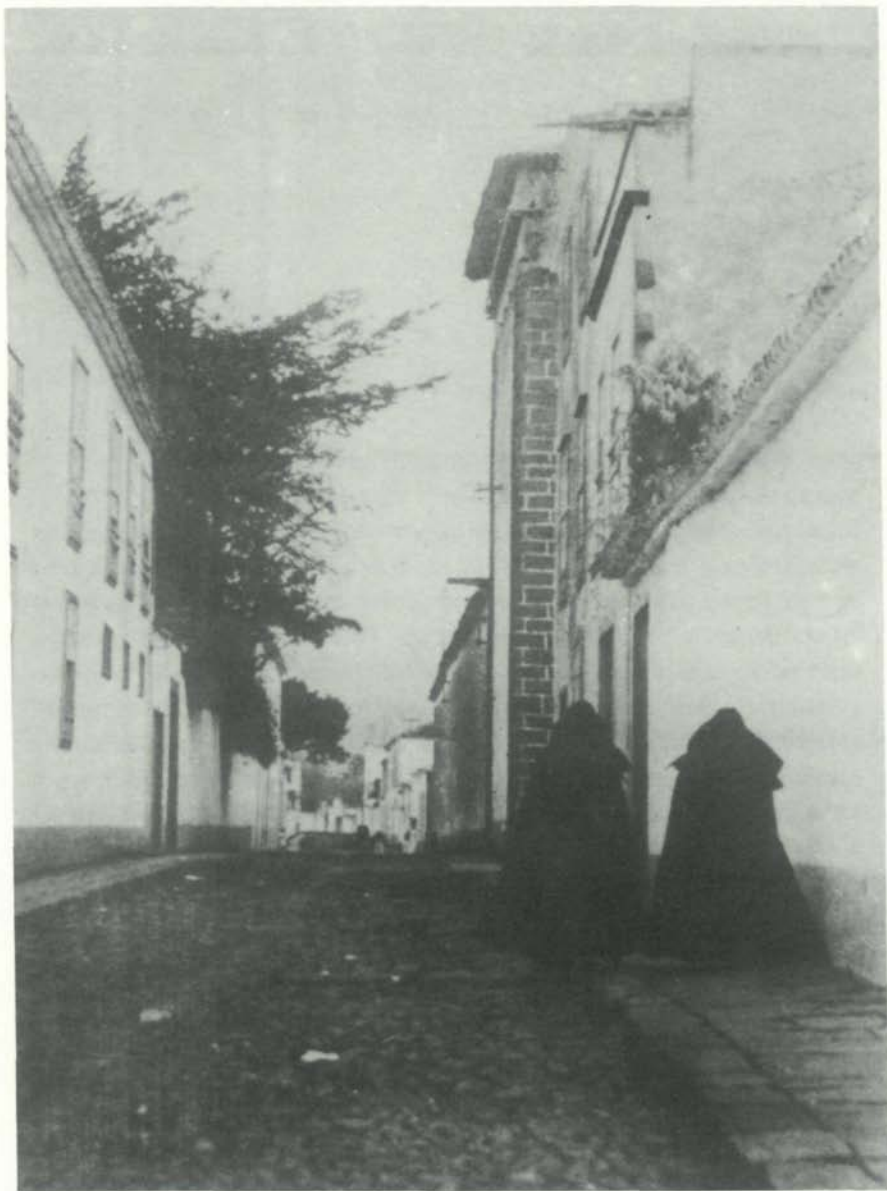
Estudió francés, inglés e italiano impulsado por el deseo de conocer a los autores en sus fuentes originales, sin esas equívocas interpretaciones en las que a veces incurre involuntariamente el traductor. No faltaban en el Puerto extranjeros cultos, capaces de resolverle las dudas gramaticales que el estudio metódico de aquellos idiomas le planteaba. La lectura de libros extranjeros, sobre todo franceses, descubría nuevos horizontes a su viva curiosidad intelectual. Leía apasionadamente, con una libertad de elección que el escrúpulo de otros clérigos y la ñoñez de algunos seglares consideraban imprudente. Viera parecía intuir lo que pasado algún tiempo se convirtió en realidad: el Pontífice le otorgaba permiso para leer y conservar aquellos libros que un día estuvieron cautelosamente ocultos en las misteriosas bibliotecas de sus paisanos.

Ordenado de presbítero se le adscribió a la parroquia local. Pero pasado algún tiempo, el Puerto de la Cruz resultaba ya insuficiente para satisfacer los proyectos que la familia Viera había forjado con meditada y resuelta decisión. Don Nicolás acababa de llegar de Granada, con título de Doctor obtenido en aquella Universidad, y se proponía simultanear su función eclesiástica con el ejercicio de la carrera de Leyes. La Laguna, sede de los tribunales del Corregidor y foco cultural de la isla, abría generosamente sus brazos a las aspiraciones de los dos hermanos. Tramitaron su filiación de capellanes a la parroquia de los Remedios y se trasladaron a la ciudad de los Adelantados. El futuro arcediano tenía a la sazón veintiseis años.

---

(3) José Rodríguez Moure: Ob. cit., pág. 9.





*La Laguna. Calle de Viana a fines del pasado siglo.*

## LA LAGUNA

Año 1757. La monotonía del Puerto fue derrocada al empuje de una nueva vida en la ciudad. El proceso se verificó insensiblemente, sin saltos bruscos. El día de hoy no era ya el día de ayer, pero hubiese sido imposible averiguar en qué momento había comenzado el cambio. Enredados en sutilezas teológicas y estériles discusiones, Dominicos y Agustinos (el colegio de Jesuítas carecía de influencia por falta de apoyo en las altas instancias nacionales) sólo eran ya un remedo desafortunado y contrahecho de aquella pléyade de educadores cuyo prestigio había atraído a sus aulas un amplio sector de la juventud estudiosa del archipiélago. La desaparición de la Universidad agustiniana, cuya función académica no fue asumida por centro alguno de rango equivalente, contribuyó al estado de languidez y decadencia que rebajó a niveles muy inferiores la vida cultural y las calidades cívicas de la evocadora ciudad, dormida bajo el peso de los años.

No había en el archipiélago población que mejor conservara el sabor del pasado, la pátina del tiempo. Calles rectas, trazadas a cordel, como había exigido el primer Adelantado; la vías mayores, calzadas de resbaladizos guijarros. Monasterios con cruces en sus blancas fachadas. Severos edificios evocadores de ilustres linajes; pétreos escudos nobiliarios sobre los dinteles. Al fondo, una campiña abierta, amena; largos caminos se pierden en los dominios de la vega anchurosa... A ciertas horas el aire se puebla del tañido de las campanas. La luz es transparente. Viven los próceres de sus haciendas rurales. No se consuelan del despojo que supone

el traslado a Santa Cruz de algunos órganos importantes de la administración pública.

A la inquietud espiritual de nuestro personaje no le basta el vigor plástico del paisaje. Necesita un "medio", este medio al que tanta importancia concedía Taine. Desea escapar a la indiferencia en que vive la casi totalidad de sus paisanos, insensibles al paso del tiempo y sometidos a una disciplina social incómoda y monótona; a la irritante aceptación de los caprichos de unas autoridades foráneas que manejaban a su arbitrio los destinos del país. "De este rebajamiento de carácter —escribe Rodríguez Moure— muy pocas personalidades supieron librarse, teniendo muchos de los que no quisieron someterse que condenarse voluntariamente al ostracismo, retirándose a vivir en sus haciendas del campo o a los pueblos del interior donde tenían intereses, echando las llaves a sus casas solariegas de la ciudad y convirtiéndolas en meras casas de apeo por si la necesidad les obligaba a venir a ellas para alguna diligencia urgente, causa que motivó la ruina de muchos edificios" (1).

El interés por la instrucción pública se limitaba al sostenimiento por el Cabildo de dos centros de primeras letras y otro de Gramática. Esta última enseñanza se impartía en la planta baja del convento de San Agustín y se complementaba con unas clases prácticas de caligrafía a cargo de las Escriburías públicas de la ciudad, donde los jóvenes se aplicaban a un aprendizaje, que, al parecer, gozaba de gran estimación: "el uso de soltar la letra".

Para Enrique Romeu Palazuelos, la situación de La Laguna en la XVIII centuria se puede resumir como "la de un tira y afloja alrededor de un mismo tema humano; la lucha por el poder..." "Los Capitanes o Comandantes Generales, son algo más que Virreyes...". Existe "un raro deseo de internacionalismo o acercamiento a otros países. En este sentido se puede afirmar que La Laguna estaba más cerca de Francia y de Inglaterra que de algunas provincias españolas" (2). Pero esta noción de universalidad a que alude Romeu no se traduce a un sentimiento de inspiración popular generalizado ni está en el ánimo de las autoridades representantes de la metrópoli, quienes, en cierto modo, alientan las

(1) José Rodríguez Moure: Ob. cit., pág. 18.

(2) Enrique Romeu Palazuelos: "La Tertulia de Nava".— Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna.— N.º 3.— 1977. Págs. 51-52.



desavenencias de las órdenes monásticas —que malograron la continuidad de los estudios universitarios— y fomentan comineras discordias entre personalidades influyentes en la vida local. El acercamiento al pensamiento europeo estaba representado por una minoría culta que devoraba, como hemos dicho, la lectura de libros franceses y se nutría de unas ideas nuevas, coladas por la Aduana con la misma habilidad furtiva que hoy se deslizan las mercancías sometidas a gravámen o las drogas de tráfico ilegal.

Este grupo minoritario, que si atendemos a las circunstancias de aquel momento podríamos calificar de disidente y beligerante, por la hostilidad que frecuentemente cosechaba, abrió a Viera y Clavijo las puertas de su “santuario” intelectual y le puso en ruta hacia unos destinos que desparezcan la niebla de lo trivial y abren el paisaje sedante y revelador de un mundo diferente. Viera es un conjunto de chispa, observación, guasa, espontaneidad e ingenio, todo ello apoyado, a veces, por un punto de impertinencia que suscitaba la polémica. Someter esto a la vulgaridad ambiente hubiese significado entregarse a un clima dominado por la pequeñez y el adocenamiento, tanto más aldeano cuantas más altas cotas escalaba la iluminada capacidad del joven sacerdote. En La Laguna, Viera deja las sombras para buscar la luz. El palacio de Nava parecía destinado a revelar con múltiples testimonios la verdadera dimensión cultural e intelectual de uno de los altos valores del siglo XVIII canario. Allí empieza a tocar los registros, a ensayar nuevas formas e introducir ese acento peculiar que legitima contra toda especulación peyorativa. A un hombre en quien lo canario y lo europeo se conjugan de forma tan intensamente sentida, nada podía afectarle tanto como el atraso que alrededor suyo observaba. A la vez que atendía a los requerimientos de su propio afán de progreso se hacía portavoz de las quejas silenciosas de quienes no acertaban a expresarlas. Aborrecía el equívoco, la confusión y la vulgaridad; su posición fue clara y terminantemente expresada. Era crítico cuando la ocasión lo exigía, pues el intelectual y el conformista no suelen convivir en armonía.

Incorporado al grupo minoritario que, pensando como él, sabía interpretar y valorar sus opiniones, tuvo ocasión Viera de sentar las bases de unas premisas empeñadas en fertilizar el campo de la cultura isleña. No eligió el calor de un aula ni el espacio de un Ateneo para dar a conocer sus opiniones; se acogió al cultivado reducto de una “Tertulia” donde

—como observa Rodríguez Moure— “entró oyendo y salió predicando, pués a poco de estar en ella avasalló las voluntades a su dictámen en tal disposición que todos se sometían sin réplica ni discusión a sus fallos en todas las materias”. La llegada de Viera a la tertulia de Nava constituye también el origen de los primeros periódicos manuscritos que tanto interés despertaron y de los que el futuro arcediano fue casi exclusivo inspirador y redactor. “Intimamente ligado a las tertulias laguneras —escribe Víctor Morales Lezcano— encontramos los primeros rastros del periodismo insular. Se trata de estrictos vehículos de ideas, noticias y comentarios de alcance local, nacional y hasta internacional, manuscritos siempre y que fueron redactados por Viera y Clavijo, aunque muchas sugerencias se debieron a cualquiera de los que integraban la cohorte del marqués de Nava” (3).

(3) Víctor Morales Lezcano: “La Ilustración en Canarias”. (Anuario de Estudios Atlánticos, nº 11 (1965). Págs. 103-127.

## LA TERTULIA

“Al tiempo que el historiador de Canarias se estableció en La Laguna, había en ella un joven y noble prócer en el que se condensaban las tradiciones de tres linajudas familias que desengañadas de los procedimientos de la Metrópoli para con el país canario, hacían en la de éste tres jóvenes generaciones que se habían retirado de la cosa pública... Era este joven D. Tomás de Nava Grimón y Porlier, 5º Marqués de Villanueva del Prado, quien, entendiendo que la instrucción realza la nobleza... diose a buscar buenos libros, adquiriendo todos los nuevos que salían y muchos de los antiguos, de fama superviviente, con los que formó una regular biblioteca, en la que pasaba todo el tiempo que la atención de su hacienda le dejaba libre, ocupación en la que le acompañaba su íntimo amigo D. Fernando de la Guerra y del Hoyo... Como estas dos figuras de la nobleza isleña eran de tanto relieve, pronto fueron secundados en sus aficiones por otros jóvenes aristócratas de su edad... con lo que formaban una especie de Academia que denominaron Tertulia y en la que cada cual aportaba en las reuniones los conocimientos que adquiría en el estudio” (1).

Extensa y detallada es la cita de Rodríguez Moure, a más de reveladora y elocuente. Ella nos ayuda a conseguir el triple objetivo de conocer el origen de la famosa tertulia de Nava, fijar el punto de partida del itinerario cultural de Viera y descubrir la conciencia periodística que,

(1) J. Rodríguez Moure: Ob. cit. Págs. 20-21.



en versión de humor unas veces, polémica otras, se reveló muy especialmente en este período de su vida.

¿Quiénes constituían esta tertulia? No era excesivo el número de personas que se agrupaban en torno a don Tomás de Nava Grimón en el palacio lagunero, cuyas severas líneas se conservan intactas en la actualidad. Formaban este grupo don Fernando de la Guerra y Peña y su hermano don Lope; don Martín de Salazar, conde del Valle Salazar y su tío don Lorenzo; el coronel don Juan Bautista Franchy y Ponte y sus hijos; el regidor don Fernando de Molina y Quesada; don Juan Antonio de Urtusástegui; don Agustín de Bethencourt y Castro; don Juan de Castro y Soria; don Manuel Pacheco Solís; don José de Llarena; los hermanos Herrera Leiva; el presbítero don Bernardo Valoix y Cologan y otras personas de cierto relieve en la vida local. No puede pasar inadvertido un ilustre y casi legendario personaje que por aquella época regresó a la isla, tras haber protagonizado algunos lances y aventuras durante sus largas ausencias en Inglaterra, Francia y Flandes: se trata de don Cristóbal del Hoyo, marqués de San Andrés, cuyo humor cáustico y natural desenfado sazonaban sus intervenciones en la tertulia con un salpimentado anecdótico. Su acusada afición al galanteo le había acreditado un sólido prestigio de audaz y afortunado mujeriego, pero el peso de los años y el respeto que le inspiraba su única hija, la joven vizcondesa de Buen Paso, moderaron su frívola y caprichosa inclinación. Al incorporarse a la tertulia sólo conservaba el marqués su carácter burlón y una fácil disposición para la crítica mordaz y maliciosa que las lecturas del Gran Irónico francés le habían contagiado. La tertulia no solamente abrió sus puertas a este personaje como un adorno jovial y refrescante, sino que le reconoció por su decano y presidente.

Si bien las personas cultas, la nobleza y un limitado sector de las clases artesanas acogían con satisfacción el quehacer intelectual que se desarrollaba en el palacio de Nava, no faltaron voces discrepantes e incluso hostiles, sobre todo cuando aquellos exquisitos caballeros pretendían modificar determinadas costumbres con arraigo popular o desajustar el orden establecido por viejas tradiciones.

Las ideas que Viera y Clavijo llevó al areópago desvelan la acentuada influencia que ejercían en su espíritu, atento a todas las creaciones de la mente, las lecturas de Feijóo, asiduamente frecuentadas en su

adolescencia y primera juventud. Viera está abierto a las corrientes culturales que muestran a su razón los vastos y renovados horizontes de un nuevo mundo científico. No elude relacionarse con clandestinos vendedores de libros prohibidos; consta, incluso, como prueba afirmativa de esta aseveración, que en cierto momento encargó una obra de Voltaire al comerciante de Santa Cruz de Tenerife Arnaldo Van Stemford, contraviniendo las severas advertencias del tribunal de Santo Oficio. La biblioteca del palacio de Villanueva del Prado amplió su campo de lecturas al poder disponer de muchas obras representativas del neoclasicismo francés y de unos fondos bibliográficos en los que se contenían las diversas tendencias ideológicas de aquel momento cultural.

Viera simboliza la quintaesencia del movimiento enciclopedista en Canarias. Es intérprete y testimonio, a la vez, de la evolución cultural del archipiélago y de las nuevas ideas que lentamente afloran en los pueblos cultos de Europa. Como Diderot, sentía curiosidad por todas las ramas del saber, desde la química, la retórica y el teatro, hasta la oratoria, la agricultura y la botánica. Su mente estaba limpia de vanos prejuicios; sus ideas, en rebeldía contra las hipócritas reservas de una parte de la sociedad de su época. Su punzante ironía crítica rechaza las notas negativas que aquellas actitudes cosechaban. Sin embargo, jamás traicionó la prudencia que su condición de eclesiástico y la ortodoxia católica le exigían. Observó el mundo que le rodeaba como realidad escueta, en toda su dimensión y no como simple referencia analítica; mostraba una fina sensibilidad instintiva frente a ciertos fenómenos éticos y sociales.

Voltaire había prolijado un lema que parecía obsesionarle, “el espíritu del siglo”, y Viera lo subraya al afirmar con entusiasmo: “este es el siglo de las empresas descomunales”. Las personas que en el archipiélago seguían con atención la evolución de la cultura europea se adscribieron a la literatura ultrapirenaica, adquiriendo inevitablemente un aire afrancesado a través del influjo de las novedades renovadoras y del cambio histórico-social que la Ilustración representaba.

Si la inteligencia de Viera y Clavijo fue reconocida por los miembros de la tertulia desde su llegada a La Laguna, esta fama no tardó en consolidarse, en los términos que su legítima ambición había previsto. El fallecimiento de doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI,

fue causa indirecta de su plena instalación en el grupo de estudiosos que combatía, contra viento y marea, la precariedad y pobreza intelectual en que las islas estaban sumidas. Compuso Viera, con ocasión de aquella muerte, un homenaje en prosa y verso, titulado “Sueño poético”, cuya novedad, forma y estilo merecieron la felicitación de sus nuevos amigos. Obras festivas, como el “Vejámen al intemperie de La Laguna”, “El Herodes de las niñas” y “Títulos de comedias españolas, adaptadas al carácter de cada dama y caballero de La Laguna”, afianzaron el prestigio literario de su autor y convirtieron a éste en oráculo de la tertulia. Tanto es así que, cuando Viera se traslada a Madrid en busca de nuevos y más amplios horizontes, el areópago desfallece hasta quedar convertido en una simple reunión de personas cultas, huérfana de quien ejemplarmente le había impreso un sello casi “institucional”. El propio Viera tuvo en alto concepto los resultados prácticos de la tertulia. A este respecto escribe desde Madrid al marqués de Villanueva del Prado: “Caeteris Partibus ha civilizado más la tertulia a nuestras islas que todos los nuevos desengañados de Madrid a la Península. Ytem que somos más antiguos y más universales”. El comentario peca de hiperbólico más que de humilde y comedido; pero sería injusto desdeñar la influencia ejercida por este grupo de personas en el clima reformista que encarnó su espíritu en la sociedad insular. “La Junta Suprema de Canarias, lo mismo que las peninsulares y más adelante la Central —Observa el presidente de la Academia de la Historia, Antonio Rumeu de Armas— se nutre de este espíritu intelectual y reformista que en Tenerife simbolizan los Caballeritos de La Laguna, educados en las famosas tertulias de la ciudad”.



## PERIÓDICOS MANUSCRITOS

Durante los años 1758-59 redactó Viera y Clavijo "*Papel hebdomadario*", sin duda, el periódico más antiguo del archipiélago. El abandono, la incuria de las gentes y, sobre todo, una lamentable falta de curiosidad e interés originaron la pérdida de los cincuenta números que componían la colección de este semanario. Las "Memorias" de Viera nos dicen que contenían puntuales noticias sobre ciertas materias que atrajeron siempre el interés y la curiosidad del autor: literatura, física, historia natural. "Desgraciadamente —escribe J.A. Castro Fariñas— hace mucho tiempo —muchísimo, diríamos mejor— que se desconoce el paradero de estos manuscritos, que tanto nos podrían servir para un mejor conocimiento de la vida y las obras de aquel insigne historiador, desde el punto de vista de su vocación periodística".<sup>(1)</sup> Corresponde también a esta época "*El Piscator Lacunense*", serie de pronósticos para el año 1759, que pretende parodiar e imitar a "*El Gran Piscator de Salamanca*", de tanta fama y beneficio económico para su autor, don Diego Torres Villarroel.

Un año después, en 1760, aparece en Santa Cruz de Tenerife una Relación sobre las fiestas celebradas en La Laguna con motivo de la proclamación del Rey Carlos III, y cuya intención noticiosa se deduce de la propia denominación que a este compendio aplica el autor. Se conocen también dos ejemplares del "Epitafio del marqués de San Andrés

(1) J.A. Castro Fariñas: "Gaceta de la Prensa Española". N.º 69. Madrid, noviembre 1953.

y conde de Buen Paso” 1762. Apenada la tertulia por la pérdida de uno de sus conspicuos —don Cristóbal del Hoyo— encomendó a Viera la misión de ofrecerle un homenaje póstumo. Y aunque el carácter y la forma de este Epitafio se alejan de lo específicamente comentado en este capítulo, su cita no es inoportuna en gracia de la finalidad informativa y divulgadora que en su momento quiso dársele:

... “Encomiéndalo a Dios, tú, pasajero,  
que al sepulcro también vas caminando,  
y sabes que vivir ocho u ochenta  
lo mismo viene a ser tarde o temprano”<sup>(2)</sup>.

En el año 1764 escribe “*El Síndico Personero*”, destinado a provocar una profunda reforma de la instrucción pública y contribuir a “la felicidad común”, exigencia inmediata de quienes aspiraban al desarrollo material e intelectual de las islas. Aboga el autor por la implantación de un nuevo sistema de enseñanza y propugna la revisión y transformación de los que en aquella época predominaban, anacrónicos, disparatados y obsoletos, aunque todavía no se abusaba de esta siniestra palabra para reprobar lo anticuado y caído en desuso. Exhorta al Cabildo de Tenerife para que preste mayor atención a los problemas docentes, con el fin de conseguir la formación de una juventud culta, digna y estudiosa:

“¡Qué delicia ver a un niño hacer un viaje imaginario por un mapa! ¡Medir las longitudes y latitudes de las Regiones por un Globo! ¡Entender las revoluciones periódicas de los Planetas y sus Satélites!”.

“Por eso sería muy a proposito que V.S. recomendara con eficacia a los Preceptores de Gramática de esta Isla la lectura del “Modo de enseñar y de estudiar las bellas letras”, obra admirable del célebre Carlos Rollín, Rector de la Universidad de París...”.

En esta obra apunta también una observación curiosísima para el lector actual, toda vez que el problema no ha perdido vigencia:

“Obsérvese y se verá —escribe— que tres o cuatro letras hacen casi todo el escollo principal en que fracasa funestamente la ortografía de las Canarias. Nadie pone

(2) El texto completo lo recoge Rodríguez Moure; Ob. cit. Pág. 28-30.

cuidado en saber lo que se escribe con B o V. Escribese Voca por Boca y *deve* por *debe*. De este defecto que es general a toda la Nación creo que se burló un crítico holandés con razón y con gracia. (Felices populi quibus est bibere, vivere. Scalig.), pero no es menos notable otro defecto que podemos considerar como endémico o propio de nuestro País. Nosotros pronunciamos con un mismo sonido tres letras que los castellanos saben distinguir bastante. La C cuando precede a E, I, la S y la Z son en nuestras bocas la misma cosa. ¿Pues qué mucho perdamos fácilmente el tino cuando queremos escribir y no queremos observar? Nuestros escribanos unos escriben Certificación y otros que son los que aciertan Certificación”<sup>(3)</sup>.

Consta el “Síndico” de cinco memoriales dados a conocer, con carácter periódico, en el primer semestre de 1764. Se ocupa (por este orden) de problemas relacionados con la enseñanza en Tenerife; primeras letras; enseñanza secundaria y técnica; estudios de latinidad; práctica de la elocuencia. Tiene este trabajo de Viera una marcada intención patriótica: “Si Tenerife conoció en algún tiempo el dichoso encanto del amor a la Patria, ya no lo conoce”. Denuncia “la falsa comodidad, la indolencia, los intereses particulares, la incivilidad, la ignorancia, la superstición, la vida oscura y el salir cada uno del día por donde puede”. Sugiere al Cabildo la creación de un seminario destinado a la educación de la juventud de ambos sexos, con el fin de que se tome en serio “la formación del juicio y la rectificación del corazón”.

Viera no sólo intuye; ve con claridad meridiana el inmenso campo de expansión y la gigantesca influencia que el periodismo había de alcanzar en un futuro más o menos inmediato, si se empleaba un lenguaje fácilmente asequible al lector medio, sin agobiarle con pedanterías retóricas u oscuros y complicados malabarismos literarios. Es indudable que estos manuscritos, concebidos y redactados con finalidad informativa, habrían alcanzado categoría de verdaderos periódicos si hubiesen adoptado forma tipográfica. La letra impresa adquiere cierto prestigio carismático que el gran público niega a lo que una o varias personas

(3) Transcurrido un siglo, don Juan de la Puerta Canseco se esforzaba también en corregir el trato confuso que en Canarias reciben estas letras del alfabeto.— (Juan de la Puerta Canseco: “Ejercicio de lectura para la buena pronunciación de las letras c, s y z”).



redactan en soledad<sup>(4)</sup>. Sin embargo, los “papeles” de Viera alcanzaron un nivel de difusión realmente notable. “Imagino a los lectores tinerfeños —escribe García Venero— transmitiéndose el manuscrito de Viera o escuchando la lectura hecha por el propio autor. Podemos suponer que se trataba de cartas y glosas, como las que se contienen en el “Correo de Canarias”, redactado por un preliberal”<sup>(5)</sup>.

En su “Historia de los heterodoxos españoles”, Menéndez Pelayo señala la importancia de los papeles manuscritos, a los que considera como un “Medio corriente y de excelentes resultados, antes como hoy”.

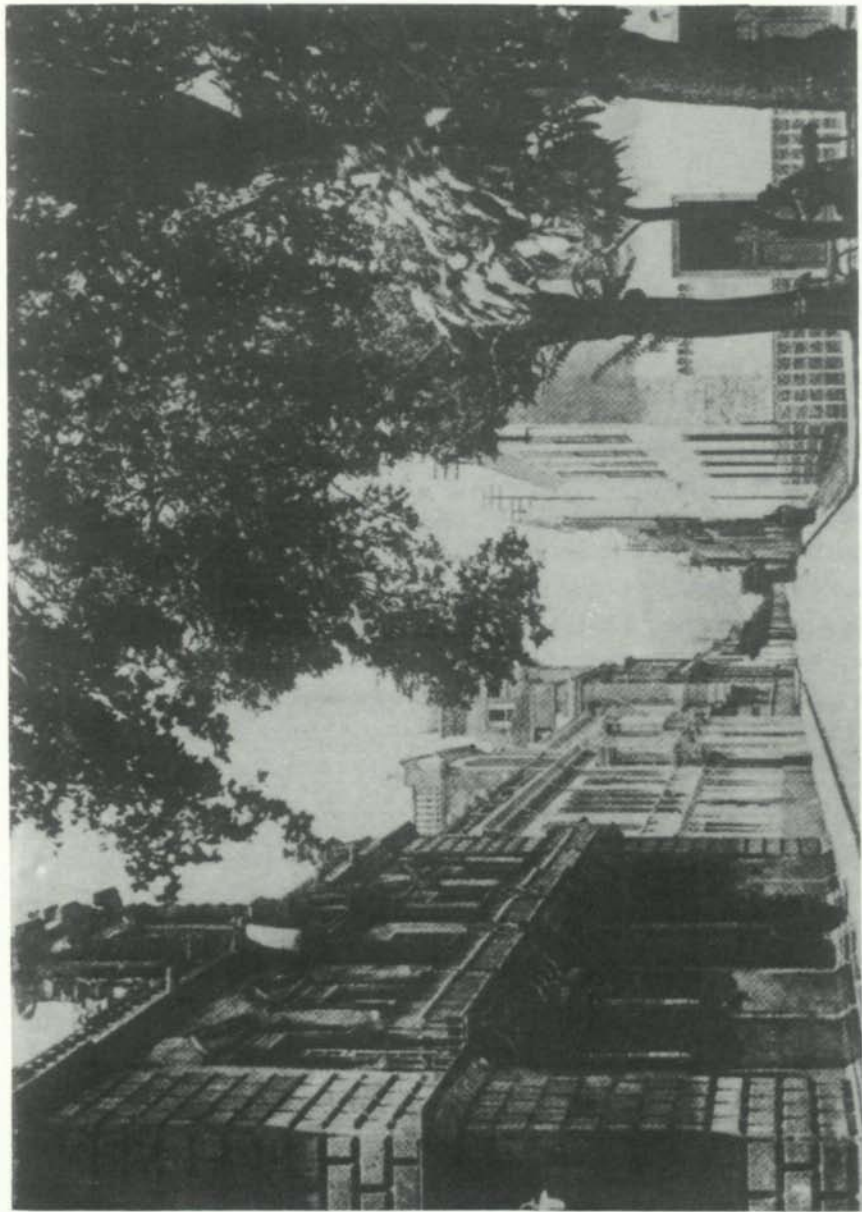
El criterio que presidió la labor informativa de Viera en su primera época de escritor se repetirá, más o menos ostensiblemente, en el retablo de noticias de su “Diario” de viajes europeos, donde desgrana sus sátiras, confiesa sus estupefacciones y plumea las frescas viñetas de sus atisbos y conjeturas, con proa siempre enfilada hacia lo informativo y noticioso. Entra el escritor en el laberíntico mundo continental y comienza la tarea de anotar y relatar mil y una noticias sobre inventos y academias, sabios y aristócratas, cámaras cortesanas y templos suntuarios, bibliotecas y laboratorios. Tiene ocasión de conocer a Benjamín Franklin y de frecuentar la amistad de los astrónomos La Lande y Mecier, los académicos Duhamel de Montedu, Le Roy, D’Alembert, La Harpe y Adamson. Asiste a juntas y reuniones de las Academias de Ciencias, Bellas Artes y Medicina de París y fue testigo del entusiasta recibimiento que el pueblo francés tributó a Voltaire a su regreso del destierro. Como un agudo reportero, Viera y Clavijo relata con detalle estos sucesos que estimulan el interés y mueven la curiosidad de sus paisanos. Su memoria juega con todas las leyes asociativas, se impregna de frescas vivencias, se condensa en imágenes; salta tiempos y geografías, lugares y sucesos; hilvana rincones de la gran ciudad, bellezas y monumentos, lagos anchurosos y ríos caudales... Viera se convierte en cronista; en “enviado especial” de aquella hora.

El viajero almacena para luego informar. Describe y recuenta con criterio casi estadístico, con sequedad informativa, con desnudez. No

(4) Nada tiene de extraño que leamos hoy en los periódicos noticias no sólo semejantes, sino a veces idénticas a las recogidas y comunicadas en noticieros privados de siglos atrás. En verdad, y pese al progreso tecnológico, la condición humana sigue siendo la misma. — (Francisco Ayala. — “ABC” 23-3-85).

(5) M.G. Venero: “Canarias. Biografía de la Región Atlántica”. Madrid, 1962. Pág. 484.

solamente detalla nombres de personas y calcula distancias; acumula cifras que nos permiten conocer que ha pernoctado en ciento siete posadas, ha recorrido ciento setenta y cinco ciudades, ha cruzado ciento treinta y ocho ríos, ha sido invitado a ciento treinta y un banquetes, ha admirado sesenta y un museos, ha visitado cuarenta y ocho bibliotecas, cuatro casas de fieras y cinco sinagogas. Su "Viaje a la Mancha", por limitado y modesto, no le permitió ensayar con éxito el juego de una lucida y sustanciosa estadística. A no ser que la síntesis numérica figure en un supuesto relato de la probada continuación de este viaje por algunas provincias andaluzas, olvidado y desconocido en el regazo de algún viejo archivo.



*La Laguna. Plaza del Adelantado y Palacio de Nava, sede de la famosa tertulia.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010



## VII

---

### “LA GACETA DE DAUTE”

Hubo un momento en que se desató en La Laguna un vendaval de críticas y reticencias contra la tertulia, movido por la enemiga de quienes se consideraban excluidos o ignorados por el grupo que velaba sus armas culturales en el palacio de Nava. Con especial predilección, por su condición de eclesiástico y su destacada influencia en aquel cenáculo, Viera fue el más directo receptor de los dicerios. En una “Historia de arriba y abajo”, panfleto profusamente divulgado, se le reservan los ataques más crudos y frontales. El preámbulo de este extenso cuaderno —consta de cinco partes y una “advertencia del impresor”— puede darnos idea del contenido de tal documento, mezcla de ingenio, gracejo, malicia y agresión:

“Ya sabe el público que en el suplemento de la Gazeta se dió noticia desta obra: aora sale al público, y es a costa de los mismos novelistas, a ver si aprenden a su costa. Si se callaren, no proseguiremos la historia, pero si no, se sabrán muchas cosas que no quisieran oír, y lo peor será quando salgan los diez y ocho tomos en folio de Dn. Joseph Medranda. Assi, aunque la prensa pierda su conveniencia, cállense por amor de sus mismas honras, y no den ocasión a que se les sacuda el polvo, como aora lo verán. Vale”.

En el capítulo tercero se fustiga a Viera y Clavijo en un tono que delata el resentimiento de sus detractores:

“Pocos años há que salió el abate Viera con un papel diciendo cómo se habían de enseñar los muchachos a costa del Cabildo<sup>(1)</sup>, obligando a los regidores de meses a andar con la palmeta por las calles, y quitándole al pobre D. Domingo Partorrecio las fanegas de trigo que le da la Ciudad. ¡Santa Palabra! Nadie hizo caso de este proyecto...” “Ahora está La Laguna mui honrada con un nuevo congreso que parece Salamanca. Tiene presidente, cathedráticos, colegiales mayores y vedel. El presidente es el abate Viera... y el vedel es D. Juan Cocho”.

Esta desagradable e incómoda situación aconsejó a los contertulios alejarse temporalmente de la ciudad hasta que, calmada la tormenta y vueltas las aguas a su cauce, se impusiera la razón y el buen sentido. Invitados a su hacienda de Daute por don Juan Antonio Franchy, la caravana parte hacia los Silos en pleno verano. En la serena paz de esta residencia pensaban reanudar sus debates y entregarse a la lectura de libros recién adquiridos. La permanencia en Daute constituye, sin lugar a dudas, uno de los momentos clave para este grupo de amigos, que había tenido la virtud, o el involuntario desacierto, de dividir la opinión de la isla. Este fenómeno encierra una profunda significación sociocultural, en la que ejerce su acusadísima influencia el chisporroteo polémico de un periodismo autógrafa, auroral, inspirado y promovido por Viera.

La quinta de Daute acondiciona sus estancias y abre su ancho portalón para recibir al grupo de visitantes que busca silencioso descanso lejos de las murmuraciones, las críticas, la suspicaz desconfianza de clérigos, moralistas y Familiares del Santo Oficio. Entre árboles corpulentos, montañas azuladas, gráciles palmeras y tierras de labor, doce caballeros de clara estirpe isleña discurren por el camino polvoriento que conduce a la estancia campestre. Ladran algunos perros al paso de la caravana, apretada, lenta, ruidosa de cascos y herraduras. Cae el último rayo de sol tras la montaña. En el fresco pilón beben, estirando el cuello, las bestias sudorosas, fatigadas por el esfuerzo del largo recorrido. Entran los invitados en la regalada umbría de la casa. Fuera quedan las tierras morenas, labradas con sabio primor. Un poco apartado reposa su descanso nocturno el molino azucarero...

(1) Alusión a “El Sindico Personero”, citado en el capítulo anterior. Propugna Viera un nuevo sistema de enseñanza y exhorta al Cabildo tinerfeño para que preste atención a este problema.

Les recibe el capataz del trapiche, Diego Dávila Sánchez, “hombrecillo de pequeña estatura, viejo, consumido, calvo, sin dientes”, que no tardará en alcanzar popularidad literaria, por obra y chanza de los bienhumorados contertulios y, sobre todo, por invención de Viera, propulsor de la actividad periodística que iba a desarrollarse en Daute. Al tono festivo de este periodismo convenía un seudónimo ingenioso; el burlón y pícaro Diego Dávila, convertido en “Diego Pun”, vino como anillo al dedo. “Por la noche gozamos de un hombre llamado Diego Pun —escribe en sus “Memorias” don Lope de la Guerra— que cualquier idioma que se le hablara respondía con gran ligereza en una especie de algarabía que llamaba francés, que traducía en verso en el mismo idioma” (2).

La prometida paz de Daute y el proyecto de descanso, si teóricamente existió, pronto se vieron desmentidos por una actividad que hacía olvidar a la que normalmente se desarrollaba en la ciudad. No tardó Viera en sugerir a sus amigos la idea de transformar en noticia su presencia en la finca: el proyecto cobró vida mediante la publicación periódica de una “Gaceta” cuyas páginas vinieron a exacerbar, si cabe, la animadversión que la tertulia había suscitado en La Laguna. Y aunque Viera, en su “Vida literaria”, trate de justificar y restar importancia a ciertas burlas y alusiones contenidas en aquellos escritos, lo cierto es que levantaron ronchas y provocaron nuevas polémicas. EL lenguaje utilizado en algunos números de la “Gaceta de Daute”, que hoy se nos antoja enigmático y ligeramente alusivo, debió de parecer entonces demasiado cáustico y mordaz. Su desenfado despejaba a Viera el camino para ensayar a mansalva crítica social, en un momento en que España entreabría tímidamente sus puertas a una corriente renovadora y clarificadora de las ideas. Ningún medio tan eficaz para intentarlo en la isla como estos pliegos periódicos y volanderos, que pasaban de mano en mano y se multiplicaban con una rapidez hasta entonces desconocida. Con aguda visión retrospectiva, Romeu Palazuelos traza una breve estampa de la popularidad adquirida por la “Gaceta”: “¡La Gaceta de Daute! ¡La Gaceta... Nuevas noticias del Congreso de la Tertulia...! Ha salido la Gaceta de Daute... ¿Se puede nadie imaginar a un vendedor de periódicos, voceando así por las calles laguneras? Y, sin embargo, si no a gritos, la propaganda se hacía de modo eficaz... ¿Ha leído V.M. la “Gaceta de

(2) Guerra y Peña: “Memorias”.



Daute"?... Esta vez viene buena... ¿Quién será?... El comentario se desparramaba por la calle de La Carrera y sus alrededores, entrándose en casa de los clérigos, en la residencia de los Regidores, en el mismo Cabildo. Las hojas manuscritas corrían de mano en mano, dejando en sus lectores parte del veneno que contenían” (3).

El éxito de la “Gaceta” fue superior al que sus autores habían previsto. El propio comandante general, don Domingo Bernardi, exclamó entusiasmado ante uno de los ejemplares del “periódico”: “Esto es una maravilla. Miren si hay más “Gacetas”. Tráiganmelas” (4).

Viera explica en sus “Memorias” el significado y la finalidad de la “Gaceta”. Del comentario se deduce su satisfacción por la paternidad de la obra: “Estas varias, aunque pequeñas, producciones y el buen nombre del autor —escribe— le dieron al punto un lugar distinguido en la memorable tertulia del señor Marqués de Villanueva del Prado...” “Casi todos estos sujetos se hallaban por julio en la bella quinta de Daute, perteneciente a D. Juan Antonio de Franchy, cuando le ocurrió a D. José de Viera publicar las noticias en forma de Gaceta de aquella partida de campo... papelillos críticos que... hicieron época en los fastos literarios de la provincia”...

(3) Enrique Romeu Palazuelos: Ob.cit. Pág. 97.

(4) Viera y Clavijo: “Elogio del Barón de Pun”.

## OTROS PAPELES NOTICIOSOS

A la “Gaceta de Daute” siguieron otras obras menores que, si bien no alcanzaron la difusión de aquélla, prolongaban su carácter informativo y divulgador. Destacamos entre otras varias la “*Relación circunstanciada del Consejo secreto de Gavinete y de los debates filosóficos y políticos que tuvieron los Serenis. SSres. de la Tertulia en el Palacio antiguo de La Laguna...*” e “*Idea del nuevo Congresso, Indice de sus memorias interesantes y últimas noticias de la Tertulia*”. Consta la primera de estas obras de un prólogo explicativo de la razón que tuvo la tertulia para romper el silencio, tras la suspensión de la Gaceta; siguen a continuación una curiosa arenga del presidente y cuatro pliegos sobre acuerdos adoptados: “Véase aquí en lo que paró aquella sesión con todo su ruido. Ella feneció como todas. No hay cosa durable en este mundo. Y habiendo ella misma dado orden para que se pasase una copia de lo actuado a mano de los ministros Extranjeros, residentes en esta Corte, lo hago así firmándola de mi sonoro nombre, y sellándola con el sello mayor de la serenísima y tranquilísima Tertulia, en el Real Palacio de Daute, a 5 de Diciembre de 1765. Diego Dávila Sánchez, Barón de Pun”.

El segundo de estos trabajos, con título prolijo como su precedente, consiste, según el propio Viera, en un escrito “muy útil para espeler el frío del cerebro, escitar la bilis y dessecar la pituita”... “Impressa en Daute, en la célebre Imprenta del Trapiche a costa del Barón de Pun. Año 1766”. En realidad se trata de una variante de la “Gaceta”.

Muere Diego Dávila y la tertulia designa a Viera para rendirle homenaje póstumo. Escribe éste un “Elogio del Barón de Pun”; y con objeto de que el anonimato —un anonimato a voces— continuase, “responsabiliza” de este escrito a Mr. Forney, secretario de la Academia de Ciencias de Berlín. personaje real de quien Viera acaba de conocer una obra de alabanzas, en la biblioteca del palacio de Nava<sup>(1)</sup>: Más que oración fúnebre, dolorida, el escrito de Viera constituye un alegato polémico y oportunista, de clara y mordaz intención crítica. Viera sabe que la “Gaceta de Daute” fue el ingrediente reactivo del clima pasional desatado en ciertos ambientes tinerfeños, y esto le aconseja intentar una sutil justificación, que pierde eficacia al dejarse arrastrar por un impulso de vanagloria y de estimación de los propios méritos. Nos ha quedado, sin embargo, la significación del documento, dinámico, directo, memoria del pasado; paradigma de conducta, sustancia de lo vivido, fijación escrituraria de lo acontecido:

“... No porque digamos esto se piense que Diego Dávila fue agresor. Los primeros actos de hostilidad se cometieron siempre por parte de sus antagonistas, quienes le obligaron, a pesar suyo, a defender su reputación”.

“... La primera “Gaceta” que imprimió en su Trapiche Diego Dávila se publicó en Daute el 18 de julio de 1765, y es increíble el ruido que esta producción familiar, salada y filosófica, compuesta en medio de los divertimientos de una casa de campo, ocasionó en todo el país”.

“... Hay buenas razones para no hacer aquí análisis de esta Gaceta; y será bastante decir que el autor censuró principalmente en ella los malos sermones, las inútiles conclusiones, los litigios interminables, las etiquetas de asientos, las rivalidades de los pueblos entre sí”.

“... Siguió inmediatamente la segunda Gaceta en 24 de julio del referido año, animada del mismo espíritu y perseguida de igual encono de los ánimos que ya no guardaban ninguna consideración ni comedimento”.

(1) “Viera, como todo el siglo XVIII, fue también un gozador de su personalidad — escribe Francisco Aguilar y Paz—... sus seudónimos, costumbre ingeniosa de la época, era un modo de verse como en disfraz. Bajo otro nombre, una manera de gozarse mejor. Sentirse un poco lejano a sí mismo para encontrar la necesaria perspectiva de admiración. Algo así como cuando Goethe se disfraza para visitar a la familia del Pastor de Drusenheim”. (Aguilar y Paz, Francisco: “Revista de Historia”, tomo IV, 1931, págs. 120-122).



Viera olvida el propósito del encargo recibido y dispara inclemente su más despreciativo desdén sobre los críticos, detractores de la Gaceta. Abandona la ironía para emplear un tono incontinido, en el que se conjugan el apasionamiento y la egolatría. El protagonismo discursivo del Barón de Pun es su propio protagonismo convertido en flechas de humillante desdén:

“... Como la falta del Barón de Pun era tener poco concepto de sus adversarios, y en todo se sentía superior a ellos, creyó que sin salir de su método ordinario de Gacetas podía no sólo vengarse de sus sordas maquinaciones, sino también ridiculizarles, cosa que valía mucho más. En efecto, la tercera Gaceta de Daute se publicó en 7 de agosto de 1765 y esta pieza nunca bastantemente celebrada, pareció a los inteligentes una obra prima en su género, y un modelo de perfección”.

“... Un rey sabio y católico; sus Ministros tan ilustrados; el Consejo Supremo de Castilla; la expulsión de los Regulares del nombre de Jesús; en fin la Nación entera que iba saliendo del letargo de sus abusos e ignorancias, fueron los principales resortes que vinieron al socorro del Barón de Pun, tan a buen tiempo, que este hombre solo era la causa o el origen de las novedades que se experimentaban...”.

Viera no olvida. Quizá tampoco perdona. El “Elogio del Barón de Pun” está escrito tres años después de los acontecimientos que se comentan y el autor del escrito hurga todavía en la cicatriz del pasado.

\* \* \*

Una feliz casualidad vino a restituir a la tertulia su prestigio, tras el deterioro sufrido a causa de la dureza de las críticas contenidas en algunos números de la “Gaceta”. Don Julián San Cristobal, fiscal de la Real Audiencia con sede en Las Palmas, viajó a Tenerife en visita oficial. Le acompañaba su esposa, de ascendencia tinerfeña, doña Beatriz de Monteverde. En una excursión al interior de la isla el matrimonio fue invitado a la quinta de Daute, donde permaneció más tiempo del previsto, no solamente por la tenaz insistencia de los que allí se encontraban sino también —afirma Moure, maliciosamente— atraídos por el néctar del filosofismo que con los buenos vinos del “Rincón” de Buenavista se libaba en la quinta.

Durante la permanencia del matrimonio en Daute, Viera compuso un poema titulado “Los Vasconautas”, pieza literaria en que las musas no le abandonaron, quizá en compensación de las veces que le habían negado su asistencia. (Consciente o no de estos desdenes, el historiador confesó alguna vez sus limitaciones líricas: “¿Versos a mis años? — preguntó en cierta ocasión a quienes le pedían escribiese la letra de un himno para el batallón expedicionario de Canarias—. Ahí tienen ustedes a Rafael Bento que es un poeta de cuerpo entero. Déjenme a mí, que si siendo joven no fui predilecto de las Musas, ya hoy, viejo y achacoso, no han de querer trato conmigo”. Sin embargo, no supo resistirse al tirón poético: escribió unas letrillas que, sinceramente, no pueden aspirar a su inclusión en una antología medianamente rigurosa. La letra de este himno fue publicada por Álvarez Rixo, en su “Cuadro”, y por Prudencio Morales en “Hace un siglo”)<sup>(2)</sup>.

De regreso en Gran Canaria el fiscal San Cristóbal escribió a sus amigos de la tertulia, complacido por las atenciones que le habían dispensado. Contestaron aquellos enviándole el poema “Los Vasconautas”, cuyo título tenía su raíz en el patronímico Vázquez, piloto de la balandra que el magistrado utilizó en su viaje interinsular. El poema causó en Las Palmas el efecto que quizá se buscaba de antemano; alzaron voces de protesta, no solamente desde el grupo de jóvenes intelectuales de la isla, sino también desde los reductos que llamaríamos no sin hipérbole, “instituciones culturales y centros de opinión”. “Estos nuevos Zoilos —escribe Rodríguez Moure—<sup>(3)</sup>, creyendo la obra de Viera más digna de vituperio que de alabanza, hicieron de ella una crítica, en la que, fuera de la pasioncilla que la informaba, no dejaban de tener razón en muchos puntos...” Viera no rectifica. Contesta a sus censores con altanería profesoral, mediante las doce famosas “Cartas del Viejo de Daute”, cuyo tono polémico confirma la raíz periodística que distingue a una parte no desdeñable de la obra de este autor. Si la “Gaceta de Daute” levantó ampollas, el poema “Los Vasconautas” removió antiguos rencores, de forma que el prestigio recuperado por la tertulia, como consecuencia del espaldarazo recibido con la visita del fiscal, sufrió un

(2) Álvarez Rixo, José Agustín: “Cuadro histórico de estas islas Canarias”.— El Gabinete Literario.— Las Palmas de Gran Canaria.— Pág. 27.

Morales, Prudencio: “Hace un siglo” (Recuerdos históricos).— Las Palmas de Gran Canaria, 1909.— Págs. 341-342.

(3) Ob. cit. Pág. 17.

nuevo golpe del que tardaría en recuperarse. La perfección métrica del poema y sus aires de epopeya no restan un ápice al desenfado de las alusiones ni a lo que hoy estimaríamos como impertinentes “juicios de valor”.

\* \* \*

Viera y Clavijo es un pionero en la historia del periodismo canario, un adelantado de su desconcertante y audaz época primigenia. Arranca el periodismo de Viera de una apetencia por conocer la noticia y divulgarla. Lo que hoy se entiende por periodismo es eso precisamente: la técnica de facilitar el antiquísimo diálogo entre quien posee una noticia y quien desea conocerla. Viera adopta esta interpretación como un quehacer sugestivo y ameno, aplicado a problemas de su entorno. En su experimento entran a la vez sujeto y objeto, combinados con una dosis básica de vocación y aptitud.

No fue un periodismo de Escuela o de Facultad. Era un periodismo “de salón” que a veces se echaba a la calle para regocijo de unos y reconcomio de otros. En todo conjunto armónico alguien debe llevar el compás, ser el director; a Viera le correspondió empuñar la batuta en la orquesta del palacio de Nava y en otros muchos lugares a los que le llevó su ilimitada inquietud.



## ORATORIA

### 2. ORATORIA

## ORATORIA

Un capítulo que en gran medida permanece inédito en la historia de la cultura religiosa española es el de la oratoria sagrada. Destacados nombres capitales están olvidados en humildes separatas, viejos sermonarios u oscuros y apenas explorados archivos eclesiásticos. Existen varias épocas en la historia de la antigua predicación, con nombres que van desde el beato Juan de Avila, Santo Tomás de Villanueva y San Pedro de Alcántara, hasta San Francisco de Borja y fray Luis de Granada. Desde los oradores del reinado de Felipe III, hasta Paravicino, con figuras tan relevantes como fray Basilio Ponce de León, sobrino de fray Luis de León, el cisterciense Miguel Pérez de Heredia y el agustino fray Pedro de Villanueva. Posteriormente, los nombres del carmelita fray Cristóbal de Avendaño, los franciscanos Pedro Nuñez de Castro y Juan Francisco Collantes no ofrecen menos interés.

Desde sus principios, en los albores de los géneros literarios, la oratoria aparece acompañada con la edad de la razón de la humanidad. San Agustín, que en tantos predios del saber se adelantó a los tiempos; que estructuralizó el lenguaje antes que Saussure, clasifica la oratoria con nitidez y precisión; no admite confusiones ni límites borrosos. Para él son tres los géneros literarios: didáctica, poesía y oratoria. La primera patentiza la verdad, la segunda la embellece, la tercera conmueve.

Hubo un momento en que algunos predicadores, olvidando la finalidad del púlpito, concedían excesiva importancia a la sorpresa verbal,

al estilo y la seducción de la frase culta. Hermanaban lo religioso, la pompa decorativa y las frases exquisitas; era, en cierto modo, una traslación del arte de Góngora a la oratoria sagrada; un refinamiento, frío muchas veces, sin más estímulo que el intelectual. Abundaban las citas de autores clásicos y padres de la Iglesia famosos por su elocuencia, su riqueza de metáforas o su facilidad para crear imágenes. Se acudía con harta frecuencia a las referencias mitológicas y de historia antigua, adornadas con la espesa hiedra de un lenguaje barroco. Al consultar algunos textos de esta época para documentar estas líneas hemos sido sorprendidos por el efecto cadencioso, casi orquestal, de unas oraciones sagradas próximas al ritmo y la métrica de un poema.

En la época de Carlos II, último y desgraciado monarca de la casa de Austria, aparece un notable sermonario dedicado al Santísimo Sacramento, obra del canónigo de Toledo José de Barcia y Zambrano: "Despertador christiano eucharístico". Está precedido de una Epístola exhortatoria en la que se ataca "el uso vano del estilo culto", que sólo persigue las galanuras y la retorsión de las formas verbales; "Sembradoras de paja en vez de grano; cítaras para halagar los oídos en vez de clarines de guerra contra el infierno; falderos aduladores en vez de mastines para aterrar a los infernales lobos". Barcia Zambrano, que a poco que nos fijemos incurre inconscientemente en el barroquismo que censura, dedicó esta obra a la reina madre doña Mariana de Austria.

Mediado el siglo XVII aparece un tímido rechazo del culteranismo oratorio. Algunos censores critican la lengua "intrusa, a la que ciertos comuneros del decir llaman culta; monstruo de tantas cabezas como de voces impropias intrincadas y advenedizas". Culto y oculto es todo uno para estos censores, sin reparar en el hecho de que su conceptismo crítico encaja perfectamente en el defecto que pretenden denunciar. Con diversas alternativas, durante el siglo XVII y parte del XVIII el púlpito español sigue afectado por un retoricismo vicioso y obsesivo. La confusión se apodera de las gentes sencillas y los predicadores serios hacen vanos esfuerzos por conciliar la severidad religiosa y las exigencias del bien decir. La obra satírica del P. Isla, "Fray Gerundio de Campazas", fustigó duramente estos abusos, no sin que se alzaran voces de protesta y reproche, pues el defecto había calado hondo y muchos predicadores, diestros en aquel estilo, se resistían a abandonar unos moldes que postergaban la eficacia de los gestos sencillos a cambio de potenciar el énfasis retórico.



En el archipiélago canario el problema presentaba análogas características, agravadas, si cabe, por el inconveniente de una distancia geográfica que impedía a los predicadores isleños frecuentar textos, críticas y sermonarios capaces de hacerles distinguir entre la sobriedad verbal y el vacío y estéril parloteo impuesto por la moda. Con clara y sencilla brevedad describe Rodríguez Moure los vicios de la predicación en las islas cuando Viera y Clavijo se acercó a La Laguna; “El púlpito en Canarias... había llegado al delirio del concepto enrevesado, entre los que se decían doctos, pues era mejor predicador el que menos se hacía entender, no siendo ajenos a esta oratoria sagrada extravagante los mismos predicadores del Clero Regular, los que por la sencillez de las reglas que profesaban parecía debían estar apartados de estas filigranas”<sup>(1)</sup>.

Muchos oradores religiosos de la época de Viera desdeñaban el estilo claro, espontáneo, armonioso, en obsequio de una oratoria ampulosa, estallante, puro chisporroteo verbal, con más palabras que ideas. No eran oradores quienes carecían de “presencia”, “voz” y “ademán”. Se comprende que a Viera —bebedor en otras fuentes— los predicadores isleños de su época le obligasen a evocar inevitablemente a fray Gerundio, alias Zotes, cuya jerigonza respaldaba burlescamente las razones de su crítica.

Este confuso babel no solamente afectaba a los púlpitos y al clero; adquirió carta de naturaleza y se convirtió en rasgo dominante de muchos seudointelectuales que no dudaron en declararse firmes y entusiastas partidarios de un confusionismo lingüístico amanerado e indigesto. En las tertulias, en las reuniones de cierto porte y elegancia sólo conseguía destacarse quien fuese capaz de sorprender con una frase culta o de regalar el oído de su interlocutor con unas palabras recién aprendidas de efecto inevitablemente tedioso.

(1) J. Rodríguez Moure: Ob. cit. Pág. 11.

## VIERA ORADOR

Ya hemos visto anteriormente cómo Viera y Clavijo no retrasó mucho tiempo su llegada al campo de la oratoria. Hacia mitad del siglo XVIII, cuando la cultura en Canarias era patrimonio casi exclusivo de un reducido grupo de personas y el estudio de las letras y las ciencias ejercicio de próceres y de religiosos enclaustrados, destacábase ya entre los alumnos del colegio dominicano de La Orotava este joven estudiante, cuya temprana formación teológica le permitía ocupar la sagrada cátedra antes de su ordenación como presbítero, sin que a sus sermones faltasen erudición y buen sentido. Era el fruto de una inteligencia en pleno proceso de maduración, con audaces incursiones en materias consideradas “libres” por la opinión de aquella época.

Es necesario consignar que Viera no escapó en estos primeros momentos a las formas viciosas de que adolecía la oratoria, aunque sólo fuese como una concesión negligente y pasajera a quienes defendían y fomentaban tales extravagancias verbales. La retórica tiñó de barroquismo sus primeros sermones, y así lo reconoce en sus “Memorias”; le pesa como una losa el recuerdo de su acomodación a la torpe dialéctica que en su juventud dominaba en las islas y en la mayor parte de los púlpitos españoles<sup>(1)</sup>. Bastaría trasladarse mentalmente a aquellos tiempos para

(1) “... y aunque cuando la empezó (la carrera del púlpito) se acomodó por desgracia a aquel género de oratoria estulta, que dominaba a la sazón en la isla y en toda España, fue luego... el primero a quien en Tenerife debió el púlpito su reforma, su decoro y su dignidad”.— J. de Viera y Clavijo: “Memorias”.

comprender el ambiente en que se movía el joven subdiácono y las dificultades que entorpecían su trayectoria de predicador. Viera no ignoraba que los más prestigiosos sacerdotes canarios seguían con entusiasmo la corriente importada. Cierta sermón predicado en Cádiz, en 1749, por fray José Tomás Wadding<sup>(2)</sup>, uno de los más conocidos teólogos del archipiélago, fue objeto de grandes elogios en la Corte, pese a la indigesta colección de retruécanos, metáforas y textos latinos con que solía aderezar sus lindezas oratorias. Si ésta y otras conspicuas personalidades del clero isleño seguían las reglas de la moda, con el aplauso de las personas que se tenían por cultas —según se deduce de la lectura de ciertos cartapacios de la época— ¿cómo exigir a quien se iniciaba en el arte de la palabra una traumática ruptura con las formas híbridas e inmoderadas que habían prendido y arraigado en los púlpitos de la nación? No obstante, sería injusto silenciar el deseo que le acuciaba de una rectificación, adelantándose a unos tiempos que se aproximaban y su clarividencia intuía. Este propósito le animaba a eludir, dentro de la necesaria prudencia, ciertas imposiciones de estilo, aunque la lucha para conseguirlo fuese incómoda y desigual. Hay algunos hallazgos en los primeros sermones de Viera que descubren la impaciencia de una espera resignada, mientras llega la hora del cambio que presente y desea. Todo hombre tiene una maravillosa capacidad de recobrase sobre el pretérito; es lo que se llama “arrepentimiento”. Pero como este vocablo conlleva una fuerte carga de sentido religioso, existen otras palabras menos teñidas de rigor y dramatismo: rectificación, corrección, superación. A Viera se le identificará un día por su total compromiso con estos tres vocablos.

La carrera eclesiástica de Viera no fue meteórica ni limpia de obstáculos, aunque otra cosa pueda pensarse al juzgar la precocidad de su talento. Ordenado de subdiácono en el año 1753, alcanza una capellanía colativa que le sirve de viático para acceder a órdenes mayores. La de presbiterado la recibe en Gran Canaria de manos del obispo fray Valentín Morán. Su actividad oratoria a partir de esta época fue intensa y prolongada: según propia declaración, predicó unos ciento cuarenta

(2) José Tomás Wadding, natural de La Laguna. Ingresó en el orden de Santo Domingo, de cuyo convento y colegio en la ciudad citada fue catedrático de Prima, regente y rector. Obtuvo los importantes cargos de definidor de Roma por su provincia y apoderado de la misma en Madrid.



sermone antes de su partida para la península <sup>(3)</sup>. En uno de ellos, pronunciado en el convento de San Francisco, del Puerto de la Cruz, el año 1756, con motivo de la festividad del Santo de Padua, sostuvo una proposición que fue considerada indiscreta: San Antonio había excedido las comunes medidas que para formar los santos tiene la Santísima Trinidad. Denunciado a la Inquisición por fray Antonio Peraza, el tribunal —previo informe del calificador don Alonso Falcón de Alarcón— dictó fallo por el que se le reprendía privadamente y se le apercibía de privación de licencia de predicador en el caso de reincidencia. Viera eleva un escrito de defensa. Con respetuoso acatamiento se dirige al tribunal:

“El prurito que ha producido en el público la delatación al Santo Tribunal de un sermón que dixé a S. Antonio de Padua el día 13 del último Junio, hecha por padre dominicano, de la qual él mismo no se ha embarazado en manifestarse autor, me hace tomar la libertad de poner mi dolor en las manos de V.S. lisonjeándome que no enojará a V.S. una representación que se me figura justa. Yo no puedo pensar sino que la vehemente melancolía que muchos años há padece el que suena ser delator, o bien algún linage de desafección azia mi persona, es quien lo ha inducido a hacerme passar por el desyre más sensible para un cathólico. No estoy yo tan essento de que mi ignorancia o inadvertencia me pudiera precipitar a alguna expressión mal sonante, o no bien explicada; pero en la proposición que el delator abiertamente me ha atildado, por más que la reflexiono no hallo el lutheranismo que él dice que le ha hallado. La proposición es ésta: “que San Antonio excedió las comunes medidas que para formar los Santos tuvo la Santísima Trinidad, porque S. Antonio es un Santo de más de marca”. Ya ve V.S. quanto más tiene de anti-luterana que de luterana. Yo no miro aquí vulnerado ni nuestro libre alvedrío, ni la ciencia de Dios, ni la razón de causa primera, ni ningún otro atributo divino pués, en sustancia, sólo es una devota ponderación que hace a San Antonio de más estatura que el común de los demás Santos: concepto tan trivial como el “non est inventus similis illi”. Yo no me puedo hacer más

(3) Viera y Clavijo: “Memorias”.

concisa ni más viva apología que decir a V.S. la fuente de donde bebí el motivo de aquella especie. Entre unos apuntes hechos por el Dr. D. Joseph Viera, beneficiado que fue de la Villa de La Orotava, en que solía compilar las mejores especies que había oído en el púlpito a hombres doctos, está un apunte de un Sermón de Concepción predicado por el P. Mr. Déniz, dominicano, sugeto de mucho carácter en la república literaria. Este grande hombre vertió la proposición que se me nota aún con visos de más delicada; y fue: que la Concepción de María, siendo idea de la Trinidad SSma. salió obra tal, que excedió a la divina idea. Trahe para apoyo de esto casi todas las pruebas que yo trahe (sic) y alguna otra que quise ahorrar. Assí, Señor, yo no puedo tener mayor gusto que oponer a un dominicano otro dominicano mayor. Pero todos estos abonos de mi conducta son ociosos, quando ya considero mi cartapacio en manos del Santo Tribunal, que con el juicio y madurez que practica, o declarará libre de sospecha mi sermón, o me dará la correspondiente corrección, que sabré abrazar como fiel hijo de la Sta. Iglesia Romana; aunque sea ociosa esta representación a la justificación de S.S.<sup>a</sup>, passe a lo menos por desahogo de quien se siente herido por la más delicada parte del corazón. Con todo el cual ruego a nuestro Señor guarde a V.S. muchos años. —Puerto de La Orotava de Tenerife y Agosto 7 de 1756—. Joseph Antonio Viera y Clavijo”.

Muchos obstáculos como éste se interpusieron en su carrera eclesiástica. Se movía entre gentes que no ocultaban su escepticismo y su formación cultural “extranjera”. Por otra parte, sus réplicas contundentes le crearon enemigos que, a la par que le temían, no cesaban de zaherirle. (Adivinando una supuesta aspiración de Viera, Romeu Palazuelos formula esta pregunta que no carece de lógica: “¿Un obispado?... ¡ah, si no se hubieran hecho algunas cosas, si no se hubieran escrito otras! don José de Viera y Clavijo, Obispo de Canarias... Pero se habían escrito, se habían hecho y se quedó en Arcediano de Fuerteventura, en la Catedral de Las Palmas...”<sup>(4)</sup>).

El prestigio de Viera estaba muy por encima del alcance de sus detractores y de la crítica de sus enemigos. Al reinaugurarse el monasterio

(4) Enrique Romeu Palazuelos: Ob. cit., pág. 100.

de dominicos de La Orotava, en 1769, se le invita a ocupar la sagrada cátedra, ya que nadie le superaba en méritos para dar brillantez a esta importante y solemne ceremonia. Ciertamente que aún arrastra los flecos del barroquismo que inundaba los púlpitos como un pretendido exponente de cultura y erudición. Pero su propósito era liberarse. Al paso que devora las obras de Feijóo y de algunos autores europeos, se siente inmerso en un clima cultural que le apremia a realizar ciertas rectificaciones y “vivir en el siglo de las luces en que muchos no viven”<sup>(5)</sup>. Rodríguez Moure alude a esta etapa del magisterio sacerdotal de Viera y lo compara con un pájaro escapado de la jaula; sediento de libertad se complace en explorar las nuevas rutas que vislumbra su inteligencia. Es el momento en que asimila el contenido del “Teatro Crítico” y se empeña en dominar unos idiomas que le permitirían conocer en sus fuentes originales las ideas recién importadas. Moure enjuicia con espíritu tradicional este período crítico de la evolución ideológica de su paisano: tras descubrir ciertos síntomas de vanidad en la explícita actitud inconformista del futuro historiador, condena su desprecio irónico por los estudios escolásticos que le fueron impartidos en las aulas dominicanas de La Orotava, consecuencia quizá de una imperfecta distinción entre las “sutilezas de los delirantes de la lógica y de la metafísica”, y la “esencia de oro del sistema que tiene por lumbreras a San Agustín, San Anselmo, Pedro Lombardo y Santo Tomás”<sup>(6)</sup>.

El joven sacerdote tiene ya su ánimo dispuesto al análisis crítico y formado el plan de opiniones que, con leves variantes, ha de sostener durante su vida. Su fama de teólogo disciplinado y serio, metódico y exigente, pocos se arriesgaban ya a poner en duda.

---

(5) Viera y Clavijo: “Memorias”.

(6) J. Rodríguez Moure: Ob. cit., pág. 10.





## REFORMADOR

Al instalarse en la capital de la isla ya rondaba a Viera la idea de cambio exigido por una oratoria sagrada cuyos graves defectos hemos señalado. Era preciso desahuciar el estilo barroco empleado por la mayoría de los predicadores y sustituir sus efectistas cataratas verbales por un lenguaje llano, inteligible, desprovisto de galas supérfluas. Este propósito había de empezar por su autoanálisis, seguido de una radical conversión a las formas de bien decir. Ante los ojos de Viera se abría un amplio camino de “redención”. Logrado esto, consideraría como un triunfo personal el nuevo derrotero de la predicación en Canarias. Así lo consigna en sus “Memorias”<sup>(1)</sup>. Deslumbrado por el estilo de los grandes oradores franceses, siente el impulso y la necesidad de proclamarlo: “Del mismo modo, cuando leo los sermones de un Bortalou, de un Fléchier, de un Bossuet, de un Chemonais, de un Masillon, especialmente las oraciones fúnebres, yo me siento como arrebatado de un torrente rápido que me saca de mí. Yo los pierdo de vista. Cómo estos grandes oradores hermocean cuanto tocan y hacen

(1) Para una mejor comprensión de la forma en que están redactadas las “Memorias” de Viera, cuyo contenido fue y seguira siendo referencia obligada en todos los trabajos sobre este autor, debe consignarse que fueron escritas a petición de Sempere y Guarinos para su inclusión en la obra “Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III”. Madrid, Imprenta Real, 1785. (Juan Sempere y Guarinos —1754-1830— fue jurista, fiscal de la Cancillería de Granada y magistrado del Tribunal Supremo. Exiliado en Francia por sus simpatías, no disimuladas, hacia José Bonaparte, escribió entre otras obras, una Historia de Derecho Español).

honor a cuanto dicen. ¡Qué serie de razonamientos; qué enlace de pruebas; qué delicadeza de transiciones; qué elección de voces, qué orden y qué majestad de discursos!” (2).

A quien así pensaba no podía satisfacerle, en modo alguno, el sermón pronunciado por su hermano don Nicolás Viera con motivo de las Exequias de doña Isabel de Farnesio, oficiadas en la parroquia de Los Remedios, de La Laguna, en 1766. Esta oración fúnebre (3), se vio turbada y deslucida por un desdichado incidente: el predicador se sintió acometido por los efectos de “un flato”... que le trastornó y quitó el lucimiento”. El mayor de los Viera fue un enfermo crónico; sus molestias intestinales influían de forma deprimente en su estado de ánimo, inclinado a la tristeza y la melancolía, ese mal contagioso que Teresa de Avila combatió con firmeza en sus monasterios. Como ejemplo del estilo oratorio que prevalecía en Canarias cuando los Viera y Clavijo trasladaron su residencia a La Laguna recogemos unos fragmentos del accidentado sermón de don Nicolás, en la ocasión citada:

“... A presencia de esta tumba funesta, en cuyo fondo se abaten el polvo y la ceniza de la gloria del mundo; Al frente de la misma Ara, donde acaba de ofrecerse en sacrificio el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Redentor Adorable; Al mismo tiempo que los Sacerdotes del Señor levantan al cielo sus sagradas manos para llamar de lo alto el consuelo del Padre de las misericordias; Cuando el Senado y el Pueblo mezclan sus amargos suspiros con las tiernas lágrimas del Monarca; Cuando se suspenden los Organos, y los alegres cánticos del Señor para llorar sobre Babilonia la triste memoria de Sión; Cuando por todas partes no respira este Templo sino aquel aire sombrío que arroja de su seno el abismo de la muerte...

... Considerad, cómo desaparecen de nuestros ojos no digo ya los Emperadores, los Reyes, los Conquistadores, los diestros Generales, que hicieron estremecer toda la tierra con el peso de sus Tronos y con el ruido de sus armas... ¿Qué sabemos hoy quienes fueron aquellos famosos Héroes de que hace una oscura memoria el capítulo 6 del Génesis: Potentes a seculo viri famosi?...

(2) Hasta el final de sus días conservó este entusiasmo y admiración por los modelos que habían influido en su propia oratoria.

(3) Impresa en Santa Cruz de Tenerife por encargo de don Francisco de la Hanty.

... La Reina, Señores, repasaba en su grande espíritu las últimas consecuencias de la vida mortal; Spiritu magno vidit ultima. Ella sabía que también mueren los Reyes, y que entran en la vida y salen como cualquiera de los hombres: Ella no se horrorizó a la vista de su sepulcro...

... Yo no puedo decidir sobre la suerte que haya tocado a la Reina en la distribución de los premios del Padre Celestial; pero su conducta cristiana, y los últimos fervores de su espíritu nos persuaden que su muerte fue preciosa delante del Señor. Sin embargo, el barro de la carne y el aire de la Majestad dejan tales impresiones en la estela del alma, que no se quitan sin lavarse en la Sangre del Cordero de Dios..

... Sacerdote de Jesu Cristo, presentad al Padre Eterno vuestros votos, y sacrificios: Ministros del Señor, concludid vuestros lúgubres ritos, y religiosas ceremonias: Cristianos, reforzad vuestros ruegos, para que subiendo al Trono del Altísimo el incienso de vuestras oraciones, baje su Misericordia sobre el Alma de la Reina y la reciba en el seno de su gloria. Amén”.

No, no es posible que al depurado olfato de Viera pasasen inadvertidos los excesos retóricos de su hermano. Arriesgamos la sospecha de que en la inoportuna indisposición de don Nicolás influyeron los indigestos ingredientes de su propia pieza oratoria.

El sano propósito reformador se imponía paulatinamente sobre el efectismo y la vana erudición. El año 1769, en la octava de Los Remedios, muchos predicadores seguían ya con fidelidad las nuevas formas implantadas por Viera. Acrecían los quilates de su prestigio. Satisfecha la tertulia de Nava por el cambio operado expreso su júbilo y su entusiasmo en dos ditirámicos y arrebatados sonetos, cuya forma y estilo no se distancian mucho de los vicios cuya desaparición se propugnaba. El primero de estos sonetos, cuyo autor es el propio Viera, elogia sin reservas el éxito alcanzado:

¡Oh pura! ¡Oh celestial! ¡Oh verdad santa!  
Que en tu cátedra y trono perseguida  
De una oratoria loca y atrevida  
Sufriste tanto insulto, injuria tanta.  
Vuelve de tu destierro... canta, canta  
El triunfo y la victoria merecida.



Ya la cláusula muere, ya en huida  
El falso asunto está. Ya no se aguanta  
El vil realce y profanado texto.  
Ya se dejan los vanos Calamistros,  
Y vestida de un traje más modesto  
Sin temer de la crítica registros,  
Puedes decir a vista de todo esto:  
Hoy conozco en sus obras mis ministros.

El otro soneto, debido a la pluma de don Fernando de la Guerra y del Hoyo es, como el anterior, una exteriorización jubilosa del triunfo conseguido:

Ya sí: mi voluntad tímida y ruda.  
Se anima y se convence. Sí, ya entiendo,  
Y en la bella oración que estoy oyendo  
Mi espíritu se goza, instruye y muda.  
El ban, bin, bon de la bombardita aguda,  
No resuena en el púlpito tremendo,  
Conque libre del humo y del estruendo  
Oigo la voz de Dios; sermón sin duda.  
elogios, documentos y piedades  
Percibe mi alma si el oído aplico.  
No afeites vanos ni puerilidades.  
¡Oh, elocuencia sagrada, en todo rica!  
Cuando así se predicán las verdades,  
Entonces es verdad que se predica.

A partir de esta época Viera sube con asiduidad a casi todos los púlpitos tinerfeños, pues la mayoría de los párrocos le encomendaban sermones en las principales festividades religiosas. Pese a la general aceptación de sus “métodos reformadores” no estuvo a salvo de las reticencias de algunos detractores que le atribuían utilizar un lenguaje más acedémico que sagrado. Cuidaba el ritmo de la frase, según estos críticos, y desdeñaba la vibración de los efectos. Si la anterior oratoria —decían— por ininteligible y rebuscada era sólo un ruido armónico, esta otra ni hiela con el frío de la muerte ni abrasa con el fuego de la pasión. Se manifiesta en un marco de tibieza que produce atonía de espíritu sin lograr “sacudir los corazones”... Olvidaban que Viera elude ahora la frase rebuscada para expresar sus ideas con adecuado rigor.

Una anécdota que suelen citar los biógrafos de Viera y que, por significativa, nos complace reproducir, demuestra la influencia que ejercía el púlpito en la vida tinerfeña: “Ocurrióse a uno de los individuos de la Tertulia —que suponemos fuera el célebre vizconde de Buen Paso, porque con la vejez vienen los alifafes de callos y otras excrecencias—, el hacerse unos zapatos de terciopelo; y como les pareciera bien a muchos de los académicos tertulios, imitáronlo en la moda que introducía... Esta bagatela fue causa de que un tal fray Juan que por entonces campaba en los púlpitos de La Laguna como predicador moralista, arremetiera contra la moda de los tales zapatos por lo escandaloso del lujo; y aunque el fraile no los denunció “nominatim” desde la Sagrada Cátedra, fueron tales las señas y tal la paliza que por los dichosos zapatos les arrimó, que hasta los ciegos al tiento daban con los portales de las casas en que habitaban los nuevos y desperdiciados Cresos laguneros” (4).

El tal fray Juan —que según detalla Viera en uno de los números de la “Gaceta de Daute” es el P. Juan Martín, fallecido en 1770— logró provocar y enfurecer a la tertulia como quizá nadie lo había conseguido antes. Esta excitación explica la inmediata réplica de los aludidos: Viera escribe una “Segunda parte del Fray Gerundio” en la que, remedando el estilo del P. Isla, vapulea con tal dureza al osado predicador que no le quedaron ánimos para intentar una contrarréplica. El flagelo no solamente descargó sobre el fraile; castigaba también a cuantos como él mortificaban aún los oídos de los fieles con su insufrible jerga gongorina. Tras este incidente, el prestigio de la tertulia aumentó ante la opinión sensata de la isla.

El esfuerzo por librar al púlpito canario de estos excesos se vio favorecido por la reacción paralela que se manifestaba en toda Europa: los inmoderados moldes al uso son paulatinamente reemplazados por una oratoria llana, sencilla, natural, despojada de galas supérfluas e inútiles perifollos. Testimonio inequívoco de lo que Viera opinaba a este respecto y de su adscripción a nuevas formas verbales son sus propias palabras: “Yo bien sé que un maestro que nos enseñara la elocuencia, haciéndola sentir, sería un don extraordinario del cielo, y nosotros no vivimos de modo que lo merezcamos: pero al menos, Señor, Tenerife se contentaría con poseer un par de hombres que imprimiesen en nuestros jóvenes las

(4) J. Rodríguez Moure: Ob. cit., pág. 31.

verdaderas ideas del buen gusto, que les hiciesen notar bien las hermosuras y los defectos de estilo en los autores... y les ridiculizasen aquella manera de expresarse, hinchada, hueca y llena de términos exóticos, duros y mal zurcidos... No consiste la flor de la elocuencia en hacer vana ostentación de términos que parecen pomposos, sino en elegir los más propios, los más vivos y los que pintan con más fuerza o más naturalidad una idea feliz...”.





## EN MADRID

Aspira Viera a unas metas intelectuales de vasta perspectiva. Su mayor ilusión apunta ahora a un objetivo inmediato: llevar a feliz término la publicación de su "Historia de Canarias", que había comenzado a escribir en 1763, "después de haber acopiado —para decirlo con sus propias palabras— varios preciosos documentos, memorias, noticias, manuscritos, impresos, y señaladamente la primera historia francesa de Juan de Bethencourt, por Bontier y Levarrier". En 1770 tenía redactado el primer tomo y parte del segundo. Las dificultades para su impresión en Canarias eran insalvables, pues un trabajo de tal naturaleza exigía ciertos medios editoriales, de los que carecía la imprenta en Santa Cruz de Tenerife. Las dimensiones de la obra y los cuidados que su autor la prodigaba merecían la utilización de una de las imprentas peninsulares especializadas en la publicación de trabajos científicos y literarios de verdadera calidad. Tiene Viera una experiencia: la deficiente impresión de la obra de Núñez de la Peña fue una de las causas que influyeron en su descrédito<sup>(1)</sup>. Teme incurrir en el mismo error y se propone evitarlo. La impaciencia que le consume se refleja en constantes insinuaciones sobre la necesidad de trasladarse a Madrid. En carta dirigida a don Juan

(1) "Había algún tiempo que le causaba desconsuelo el ver que carecía su patria de una exacta, juiciosa y digna historia, porque la de D. Juan Núñez de la Peña (que había un siglo corría con el título de "Conquista", en un tomo miserable y mal impreso), sobre ser chabacana y plagada de errores, se había hecho ya rara, y no honraba mucho al país". (Memorias).

Antonio de Urtusástegui <sup>(2)</sup>, plantea la cuestión en términos apremiantes:

“... El tiempo no se recobra, se va pasando; el año se nos huye y yo todavía estoy en islas...”.

“Entiendo que este magistrado (don José de Llarena) saldrá para España por todo septiembre. Tal vez ya no habrá, durante el año corriente, mejor coyuntura de conseguir tan buen pasaje. Sin embargo, yo no me determino a solicitar ir en su compañía por falta de algún subsidio, para mí final habilitación, que en el día depende de la propuesta que tengo comunicada a Vm. y que me aventuro a recordarle por segunda vez”.

“Esta se reducía a que, malgrado el proyecto de la Diputación a la Corte, quizá no fueran algunos sujetos amantes del decoro de la Patria que quieran aplicar cualquier pequeña parte de aquella misma contribución que habían ofrecido, para otro pensamiento no menos útil y ventajoso a nuestras islas, cual es el proporcionar con mi viaje a España la impresión de la consabida “Historia Natural y Civil de las Canarias”; mayormente cuando me hallo con avisos seguros de que puesto yo en Madrid saldrá a la luz pública sin demasiada dilación”.

“Paréceme que ha llegado el caso de que Vm... haga valer entre sus amigos el mencionado plan...”.

Las palabras de Viera expresan todo el apremio y la inquietud de quien se encuentra amenazado por el riesgo de una larga espera, que le obligue a retrasar, y quizá malograr, uno de sus más caros e inmediatos proyectos. El generoso ofrecimiento de sus amigos de financiar el viaje le devuelve la calma: al fin se siente proyectado hacia una galaxia cultural muy distinta de la que abandona. Seguro de sí mismo, intuye que va a sembrar su semilla con garantía de germinación.

Existe una incógnita respecto a este viaje que, quizá por su escasa trascendencia, no se ha logrado despejar. Viera embarcó en un buque de matrícula inglesa en el que también viajaba don Pedro Manuel Fernández de Villegas, tras cesar en su cargo de regente de la Audiencia

(2) 23 de agosto de 1770.



de Canarias para incorporarse al Consejo de Castilla. Partieron del Puerto de la Luz el 22 de octubre de 1770 y llegaron a Cádiz el 21 del mes siguiente, tras los efectos de un violento temporal que a punto estuvo de hacer naufragar la nave. Con sobrada razón, a Joaquín Blanco Montesdeoca le sorprende la excesiva duración de este viaje marítimo, “y mucho más extraño que no aparezca, por ninguna parte, la indicación que permita dar con la causa de un retraso tan extremado”<sup>(3)</sup>. Aún en el supuesto de algún cambio de rumbo impuesto por la dureza del temporal, o de desperfectos y reparación de la nave, no dejaría de parecernos un enigma este silencio. Ni siquiera en una conocida carta al marqués de San Andrés, donde se detalla los incidentes del viaje, aparece la menor alusión a los motivos del retraso. Años más tarde, al pretender justificarse, desde Gran Canaria, ante sus amigos tinerfeños, por su prolongada ausencia, recuerda Viera brevemente el “horror bien fundado al mar” que le detiene “en el deseado empeño” de hacerles una visita.

El 13 de diciembre ya se encuentra en Madrid y, para su satisfacción, desde ese momento deja de ser gravoso a sus amigos del palacio de Nava. Su primer acierto fue establecer contacto con don Agustín Ricardo Mádan, racionero de la Catedral de Canarias, que preparaba a la sazón oposiciones a la cátedra de hebreo de los reales estudios de San Isidro. La amistad de Mádan con el marqués de Santa Cruz de Mudela, don José Joaquín de Silva Bazán, facilitó el afortunado encuentro de Viera con este influyente personaje, que le alojaría en su residencia y le encargaría de la educación de su único hijo, el joven marqués del Viso, actividad docente que, hasta ese momento, tenía encomendada el propio Mádan.

Distiguado y respetado por una sociedad en la que brillaban los más ilustres personajes de la política y la aristocracia, el futuro historiador distrae su curiosidad de provinciano observando los acontecimientos que le rodean y admirando las bellezas paisajísticas que le ofrecen sus viajes por tierras manchegas y andaluzas, Aranjuez y La Granja de San Ildefonso. Traslada estas impresiones a sus paisanos, que no cesan de lamentar su ausencia: “Dicho don Joseph va con algunas pretensiones,

(3) Joaquín Blanco Montesdeoca: “Biografía de don José de Viera y Clavijo”. Artes Gráficas Clavideño, S.A.— Pantoja, 20.— Madrid. (Extracto de Actas de R.S. Económica de Amigos del País, de las Palmas).

que no se duda las consiga; pues su habilidad, literatura, genio festivo i otras muchas buenas cualidades que le adornan, le hacen acreedor a cualquier encargo. Era uno de los más asistentes a la tertulia del marqués de Villanueva, i por tanto i dichas circunstancias nos ha sido sensible su ausencia” (4).

Tan ventajosa y firme era la situación de Viera en el palacio del marqués de Santa Cruz, que al contraer su alumno matrimonio, e incluso después de su fallecimiento, no se le permite abandonar la casa: “He finalizado honrosamente mi comisión ayal desde el 17 de febrero, en que se celebraron las grandes bodas de mi ilustre alumno con la hija de los Duques del Infantado. Pero he quedado con las mismas ventajas y honras que hasta aquí, e “aínda mais” con la libertad de aprovechar mi tiempo y gozar de Madrid, lo que hasta ahora no había podido lograr cabalmente” (5). En el laboratorio instalado por su protector y amigo ensayó varias experiencias científicas adquiridas en sus viajes europeos. Su curiosidad por la aerostación —una novedad en aquellos momentos— le lleva incluso a elevar globos al espacio desde los jardines de la residencia del marqués, con el aplauso de distinguidos invitados y el regocijo y la sorpresa de quienes contemplan por primera vez en España el insólito espectáculo.

En una Corte excesivamente ceremoniosa, plagada de costumbres a la usanza gala, tiene ocasión de tratar a príncipes, grandes de España, embajadores, jefes palaciegos y prelados. Todo lo que le rodea es risueño y halagador. El clima cultural en que está inmerso contribuye a facilitarle el principal objetivo de su estancia en Madrid: la publicación de la *Historia Insular*. Viaja, como hemos dicho, por diversas regiones peninsulares y algunos países europeos. En París conoce a Franklin; en Viena es recibido varias veces por el poeta Cesáreo Metastasio; asiste a cursos y conferencias; ensancha sus conocimientos y satisface su curiosidad con unas novedades científicas que en Europa se encuentran todavía en embrión. El “Diario” de estos viajes constituye un exponente de su fervorosa admiración por lo que sus ojos de provinciano culto descubren en las grandes urbes europeas.

\* \* \*

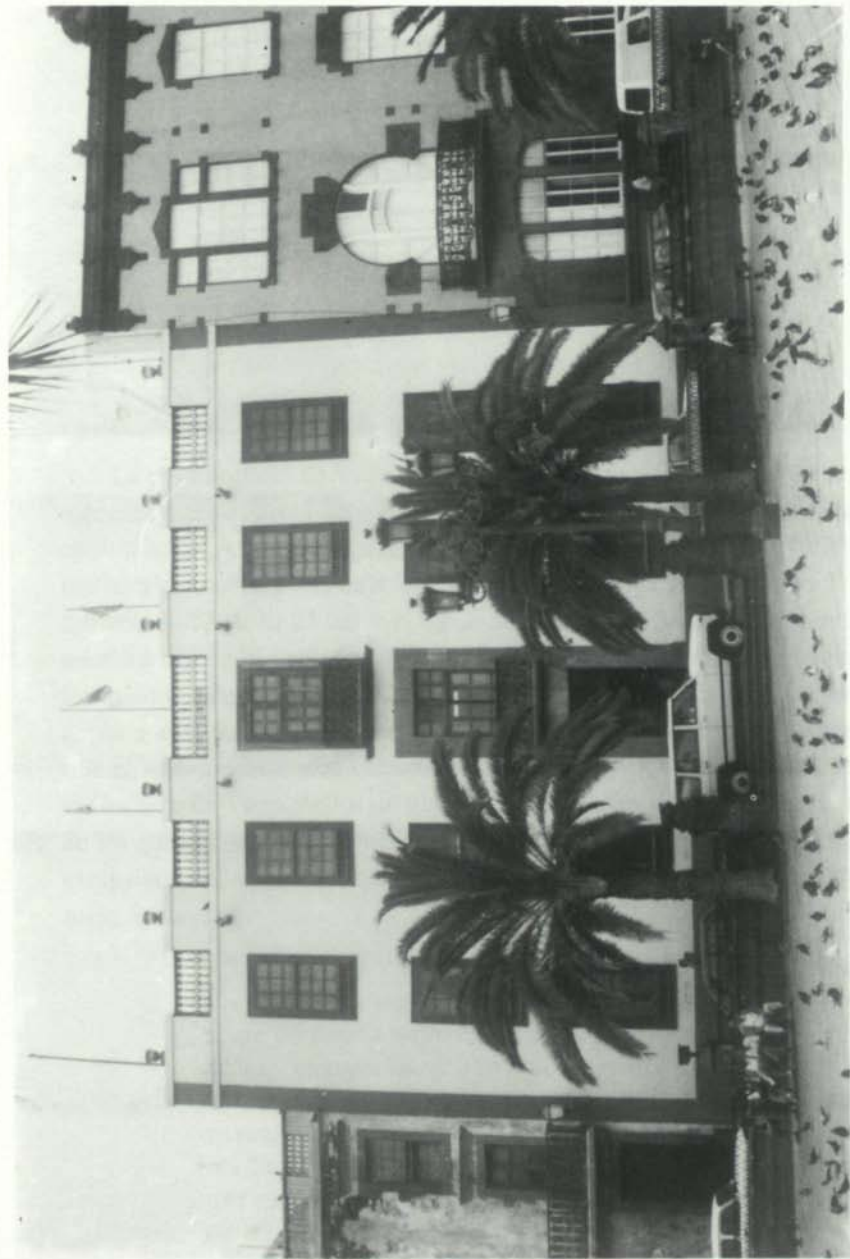
---

(4) Don Lope Antonio de la Guerra: “Memorias”.

(5) Carta a don Juan Antonio de Urtusástegui (12-4-1776).

La intensa dedicación que, en vida de su alumno, ocupaba la atención de Viera constituía un importante obstáculo a sus intervenciones en el campo de la oratoria sagrada. El trabajo de investigación preparatorio de la Historia de Canarias, los ineludibles compromisos sociales a que le obligaba su posición en un ambiente próspero y distinguido, los largos viajes y dilatadas ausencias, la participación en actos culturales y académicos entorpecían la natural racionalización de sus actividades. Sin embargo, la etapa madrileña del polígrafo canario no constituyó un vacío absoluto en su faceta de predicador, tan intensamente desarrollada en otros períodos de su vida. Los miembros de las Reales Academias y los fieles de algunos templos madrileños tuvieron ocasión de escuchar su palabra culta, desprovista ya de las galas retóricas y el estilo barroco que en otro tiempo le habían seducido.





*Casa de la Plaza de Santa Ana en Las Palmas, donde vivió y murió D. José de Viera y Clavijo.  
Hoy alberga el Archivo Histórico Provincial.*

### XIII

---

## DISCURSOS Y SERMONES

La permanencia de Viera en Madrid y su convivencia con el generoso mecenas que tan grata acogida le había dispensado, se prolongó durante catorce años. A raíz de la publicación del segundo tomo de las "Noticias" fue elegido correspondiente de la Academia de la Historia, en 11 de febrero de 1774. El 25 del mes siguiente —su impaciencia se lo exigía— asistió a una sesión extraordinaria y leyó, según costumbre, incluso para los miembros no numerarios, su "Oración gratulatoria", de la que envié copia a sus amigos del palacio de Nava. En atención a la importancia que el nuevo académico concedió a este texto y por tratarse de uno de los escritos de Viera menos divulgados, reproducimos algunos fragmentos en los que lamenta que ciertos escritores extranjeros se erijan en intérpretes exclusivos de la Historia de España, en menoscabo de nuestros propios historiadores:

"Cuando V.S.I. me franquea sus puertas, me asocia a sus trabajos y me eleva a la clase de uno de sus miembros, acaso no piensa tanto en honrar la aplicación del historiador de las Canarias, quanto en manifestar su propio zelo por todo lo que de algún modo puede contribuir al grande objeto de su real Instituto. Doy a V.S.I. mui respetuosas gracias de que me haya permitido conocerle y admirarle más de cerca; de que me haya dado un derecho particular a escribir la historia de mi patria, y aún, de que me haya querido premiar más allá de lo que mi ambición se prometía. Llamo ambición este

noble deseo de ocupar aquí plaza. Porque ¿qué otro premio puede aspirar en España cualquier amante de la buena literatura, sino el de estar escrito en la lista de aquellos hombres útiles, destinados a publicar las hazañas, grandezas, antigüedades y virtudes de la Nación?...”.

“... Los extranjeros, gente que cultiva lo suyo y lo ageno con igual ansia, no sólo se han apoderado, por medio de las traducciones, de nuestros historiadores más clásicos, de nuestros Marianas, nuestros Zuritas, nuestros Ferreras, nuestros Solises... No sólo se han echado ultimamente sobre nuestra Historia, como sobre un país de conquista, o un tesoro sin dueño, sino que ha procurado refundirla, escribirla, ampliarla, y darla nueva vida y aspecto. De manera que ha beneficio de las acreditadas plumas de los sabios ingleses, autores de la “grande Historia universal”, del admirable Robertsón, del publicista Fuftendorff, de los P.P. Orleans y Duchesne, del abad de Vayra, del Presidente Hainant, de Monsieur Dessonmeaux, del célebre Voltaire y otros, se halla toda Europa inundada de brillantes Historias de España, que no son españolas; así como los Egipcios, Siros, Caldeos, y Persas no vieron correr otras Historias suyas por el mundo que aquellas que les quisieron dar Griegos y Romanos”.

“... Nuestros héroes tendrán el carácter que ellos les señalen. Nuestros príncipes las máximas políticas que les atribuyeren. Nuestros literatos el grado de fama, erudición y ingenio que les parezca. Nuestra constitución, nuestro gobierno, nuestras leyes, nuestras costumbres, se verían en el punto de perspectiva a que les quieran colocar...”.

“... La Academia es quien tiene el singular privilegio de erigir el mayor tribunal de la tierra para juzgar, después de su muerte, a los grandes del Mundo de qualquier clase o gerarchia...”.

“... Estos son, Señor, los sentimientos afectuosos con que tengo la fortuna de presentarme a V.S.I.; ellos están dictados por el mismo candor, ingenuidad y verdad que deben reynar en este siglo”.

Viera pidió autorización para usar, junto a su nombre, el título de académico correspondiente; lo utilizó en el tomo III de la “Historia” —que veía la luz en aquellos momentos— y luego en el IV y último. Tres



años más tarde tendría la satisfacción de ocupar sillón de supernumerario, a propuesta del director de la Academia conde de Campomanes <sup>(1)</sup>. Se premiaba así su colaboración eficaz y continuada en las actividades de la Corporación. Entre sus trabajos personales destaca el extracto de más de cuarenta volúmenes manuscritos, en folio, para su inclusión en el Diccionario Geográfico, donde figuran, además, numerosos artículos suyos relativos a las islas Canarias.

El quehacer intelectual del historiador se extendía a otros ámbitos. Es la época de su brillante labor traductora: a la "Apología de las mujeres", de Parraudt, siguen la "Sátira Octava", de Boileau, y "Los sentimientos afectuosos", de Blin de Sainmore. En magnífica prosa tradujo a nuestro idioma el libro IV del "Kempis", y en verso castellano el "Poema de la Religión", de Racine. Durante su segunda estancia en París comenzó a traducir las "Geórgicas", de Virgilio, valiéndose del texto latino y de la "Canción francesa", de Debille. Este trabajo quedó inconcluso por haber desviado su atención a la creación de un poema épico que presentó, sin éxito, a concurso convocado por la Academia Española de la Lengua.

En el apogeo de su vida literaria, dedicado preferentemente a lo que en realidad constituía su vocación, compuso un "Elogio de Felipe V", destinado a un concurso de "Elocuencia" anunciado por la Academia en homenaje a su fundador. En esta ocasión, más afortunada, obtuvo el primer premio. Traducido a varios idiomas, mereció un cálido elogio del rey Carlos III.

No olvida Viera su condición sacerdotal. Escribe un tratado sobre materia eclesiástica, el "Hieroteo", consagrado a los antiguos honores y derechos del Presbiterado. Destaca, sobre todo, en este trabajo, su erudición canónica, y no faltan cierto espíritu galicano y un mal

---

(1) Don Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802), notable helenista y presidente del Consejo de Castilla, fue protector de don Agustín Ricardo Mádan quien, como hemos dicho anteriormente, influyó en el nombramiento de Viera como ayo del marqués del Viso. Las noticias de que disponemos sobre la elección de Viera como individuo correspondiente ponen de relieve una indudable ausencia de espontaneidad en el nombramiento. El aspirante acusa a Campomanes y hasta le aborda en los pasillos de la Corporación con el fin de entregarle nota recordatoria de su pretensión. No fue menor su insistencia cerca del secretario perpetuo don José Miguel de Flores. Por el contrario, la promoción a supernumerario careció de presiones: en esta ocasión se reconocen los méritos del historiador, su puntual asistencia y una plena dedicación a los trabajos académicos que se le encomendaban.

disimulado desprecio de los grados académicos, extremo este que algún crítico ha querido atribuir a despechos e insatisfacciones del autor. La obra es, en todo caso, una muestra del respeto que a Viera le merecían la liturgia católica y el estado sacerdotal.

La Real Academia de la Historia había convocado otro premio de "Elocuencia" en elogio de don Alonso Tostado. Concurrió Viera a este certámen con un documentado estudio crítico del personaje abulense, y de nuevo obtiene el primer premio, consistente en medalla de oro, equivalente a la del concurso anterior. Conservó el arcediano ambos galardones hasta el final de sus días y dispuso, en cláusula testamentaria, su deseo de que fuesen entregados por sus albaceas al tesoro catedralicio de Las Palmas, para su empleo en la construcción de una custodia:

"Ytem es mi voluntad que las dos grandes e iguales medallas de oro que se guardan en mi escritorio, cada una de dos onzas y quatro ochavos de peso, en cuyo amberso se halla grabado el Busto del Sr. Rey don Carlos Tercero, con este rótulo: Protector de la Academia, y por el reberso el sello de la Real Academia Española y la inscripción que dise, se establecieron estos premios año de mil setesientos setenta y siete; las cuales medallas me fueron entregadas en Madrid por el Secretario y a nombre de la mencionada Real Academia Española en señal de honorífica de los dos primeros premios de eloquencia que se me fueron adjudicados por Elogio de Felipe quinto en el año de mil setesientos setenta y nueve; y por el de Don Alonso Tostado en el de mil setesientos ochenta y dos, es mi voluntad, digo, que ambas medallas se entreguen por mis herederos y Albaceas, al Cabildo, y este a los S.S. Llaveros del Tesoro de esta Sta. Yga. para que las guarden con el destino de que cuando se efectuare como es de esperar la obra de un nuevo ostentorio o Custodia del Señor Sacramentado sea este oro el primero que en ella se emplea"<sup>(2)</sup>.

El nacimiento de los infantes gemelos, Carlos y Felipe, celebrado con alborozo en Madrid y en toda la nación, tuvo resonancia literaria

(2) El año 1931, en que obtuvo el autor de este trabajo copia literal del documento testamentario otorgado por Viera en la villa de Telde, ante el escribano público don Juan Nepomuceno Pastrana, las medallas que aquí se citan estaban expuestas en el Tesoro de la Catedral de Las Palmas, por no haberse construido aún la custodia en aquella fecha. Actualmente se conservan en la Catedral, aunque no expuestas al público.



en los medios culturales. La Academia encargó a Viera una “Oración gratulatoria” y de felicitación al Rey abuelo, por este acontecimiento, y le incluyó en la Comisión que, presidida por el duque de Almodóvar, llevó a Palacio los parabienes de la Corporación<sup>(3)</sup>. Esta obra, un soneto dedicado a doña Mariana Waldstein, marquesa de Santa Cruz, y los “Elogios” a Felipe V y al obispo de Avila, fueron reunidos, quizá por el propio Viera, en un solo volumen con la siguiente portada: “Elogio y oraciones académicas de don Joseph de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuerteventura, Dignidad de la Sta. Iglesia Catedral de Canaria. Individuo de la Real Academia de la Historia, Honorario de la Sociedad Económica de Tenerife, Historiógrafo de las mismas islas”.

\* \* \*

Cuatro sermones importantes predicó Viera durante su permanencia en Madrid. Dos de ellos alcanzaron una singular resonancia por las fechas litúrgicas y los lugares en que fueron pronunciados. A instancias del Real Consejo de Hacienda y con asistencia de los miembros de este alto organismo, predicó en la iglesia de San Cayetano, el viernes de Pasión del año 1783. Como consecuencia del general elogio que mereció esta oración religiosa, unos meses más tarde, el domingo de infraoctava del Corpus, ocupó de nuevo la sagrada cátedra en la iglesia del Real Convento de la Encarnación, donde el 27 de julio de cada año el pueblo de Madrid contempla el renovado prodigio de licuación de la Sangre de San Pantaleón. Su bien cimentado prestigio había convertido a Viera en una de las más relevantes figuras intelectuales de la Corte de Carlos III. Su oratoria había logrado ya definitivamente ese tono personal que la legitima y solidifica, como un saldo final de anteriores experiencias, y conquistado la matriz tradicional española heredada de los Avilas y los Granadas, adaptada a las fermentaciones dialécticas y a los hábitos mentales de la época. La lectura de ese elenco léxico descubre la inmersión cultural de Viera en la hora en que vivía. ¿Quiere esto decir que su oratoria queda encerrada o clausurada en un cierto fanal del pasado, o bien que se ha convertido ella misma en “oratoria clásica” a la que hacer ocasionales visitas? Esta interpretación, es, por lo menos, discutible.

(3) Formaban también parte de esta Comisión don José Miguel de Flores, Asesor de Guerra, y don Gaspar Melchor de Jovellanos, ministro del Consejo Real de las Ordenes.



D.<sup>n</sup> Joseph de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuerteventura en esta Santa Yglesia Cathedral de Canaria, certifico en la mejor forma que puedo y debo, como habiendo registrado, por Comision de este Ylustrisimo Cabildo, todos los libros de sus Actas Capitulares, desde el año de 1514, hasta el de 1790; he extractado, y compilado bien y fielmente todos los Acuerdos, especies y noticias útiles que contienen, y me han parecido mas dignas de memoria. En fe de lo qual lo firmo en esta Ciudad Real de las Palmas, Isla de San Canaria á 11 de Julio de 1796.

D.<sup>n</sup> Joseph de Viera y Clavijo

## XIV

---

# EL REGRESO

En una carta de Viera y Clavijo fechada en Madrid el 9 de abril de 1776 y dirigida al marqués de la Villa de San Andrés y vizconde de Buen Paso, el historiador relata detalladamente la boda de su alumno el marqués del Viso con la hija de los duques del Infantado, celebrada, como hemos dicho, en febrero de aquel año. No oculta Viera en esta carta su contrariedad ante la idea de tener que abandonar Madrid, si las circunstancias le obligaban. Desde su privilegiada posición en la corte, alude a la pesadez y la lentitud con que transcurre la vida en el archipiélago. Descubre su temor a un posible inmediato regreso, en palabras que no dejan lugar a dudas: "Iré luego a nuestras peñas a morir de modorra y unir mis huesos con los de los guanches en las cuevas de sus sepulturas". Conocido este desahogo es difícil poder interpretar el hecho de que, transcurrido algún tiempo, rechazara el ofrecimiento de unos cargos cuya importancia hubiese colmado las aspiraciones del más ambicioso buscador de prebendas: se le brindaba, nada menos, "el acomodo de Sumillers de Cortina de S.M. o una plaza de juez auditor de la Rota de la Nunciatura". No menos sorprendente es su decisión de regresar a Canarias pese al excepcionalísimo favor de que a la sazón disfrutaba en la casa de su protector y amigo: "Fue muy tierna y dolorosa para el agradecido corazón de D. José de Viera la despedida de la casa, larga familiaridad y compañía de los señores marqueses de Santa Cruz. Este señor le renovó las pruebas más vivas de su benevolencia, y nada le encargó tanto como su frecuente correspondencia epistolar en todos

los correos. Quiso que le dejase en memoria de su amistad una estampa que de su retrato había dibujado pocos días antes D. Isidro Carnicer, director de la Academia de San Fernando, y que grabó D. Joaquín Fabregot, académico de mérito de ella...”<sup>(1)</sup>.

Pudo haber una razón poderosa en esta decisión: sus hermanos le instaban constantemente al regreso, añorantes, sin duda, de una convivencia hogareña que el tiempo y la distancia habían interrumpido. Por otra parte, publicado el cuarto volumen de la “Historia de Canarias”, desaparecía el último motivo que le retenía en Madrid. Así, pues, el 27 de septiembre de 1774 sale para Cádiz, en cuyo puerto embarcó rumbo a Gran Canaria el 31 de octubre, tras una retención de diecinueve días en la capital andaluza, donde sufrió las molestias de una enfermedad.

\* \* \*

Ya en la serena paz de la isla, es evidente que una variada copia de recuerdos harían volver los ojos de Viera hacia los acontecimientos que, durante un largo período de su vida, se concitaron para convertirle en un personaje destacado, con autoridad y prestigio en el seno de la más elevada sociedad de su época. Quizá no faltase en este retrospectivo recuento una ligera sombra de autocomplacencia; el hombre es vanidoso y Viera es un hombre. ¿Cómo olvidar su amistad con el conde de Aranda, los duques de Veragua y Werwick; sus sobremesas en Bruselas con los príncipes de Staremburg y Carlos de Lorena; su presentación ante el rey de Cerdeña, el príncipe heredero de Etruria y el duque Leopoldo, futuro emperador de Alemania; sus animadas tertulias en las residencias de los príncipes Kaunitz, Lichtestein, Ausperg, Wasemberg y Asfeld?... ¿Cómo no memorar sus dos audiencias con el papa Pío VI, de quien obtuvo “la facultad de aplicar hasta doscientas indulgencias a fieles moribundos”?<sup>(2)</sup> Cansado, prematuramente envejecido, el arcedianos desgrana el rosario de sus recuerdos desde la perspectiva que le prestan el tiempo y la distancia. Su mente no flaquea; su curiosidad sigue intacta. Las horas del pasado aleccionaron al hombre y al sacerdote. No practica el consabido tópico que propende al menosprecio de corte y alabanza de aldea, pero tampoco siente excesiva nostalgia de la urbe, de una vida rodeada de comodidad y grandeza.

(1) Viera y Clavijo: “Memorias”.

(2) Viera y Clavijo: “Memorias”.



Un hábito dominador ordena ahora sus actos. “Isleñizado” de nuevo, puesto a tono con el ambiente, no le faltan ocasiones de seguir siendo útil a sus paisanos. No volvió a Tenerife, la isla en que había nacido. Quizá el recuerdo de pasadas discordias —que él calificó de “guerras semipúnicas”— le aconsejaba no regresar al escenario en que un día tuvo notable protagonismo. “¿Tibieza? ¿Disgusto? —se pregunta Alfonso Armas Ayala—. No lo sabemos. Tal vez haya habido de ambas cosas, pero pensamos más bien en un cansancio espiritual. El hombre que vivió satisfaciendo sus más íntimos deseos quiere cumplir el último de ellos: la tranquilidad para su cuerpo y su alma, ahitos de tanto movimiento”<sup>(3)</sup>. La intimidad del hombre, raíz de su grandeza, le parece ahora infinitamente más valiosa que todo lo demás. En la soledad se acrecienta el alma. No hay un solo genio en la humanidad que no haya plantado las raíces de su grandeza en largos períodos de intensa soledad. Tiene razón Sterne al asegurar que “la mejor nodriza de la sabiduría está en la soledad”. “un hombre aislado —afirmaba Beethoven— puede a menudo más que mil en sociedad”. ¡Pobre el que tenga que llenar su vida de ruidos y estridencias! La soledad egoísta es amarga; la soledad fecunda no es nunca triste. Viera practicó una soledad que le empujaba hacia los demás. La lealtad hacia sus islas y el afecto que le inspiraban sus antiguos amigos permanecen firmes e invariables. En carta que escribe desde Canaria a don Juan Antonio Urtusástegui, en 28 de enero de 1786, se esfuerza en justificar la tardanza en visitarles:<sup>(4)</sup>

“Había yo creído que en Canaria no me faltaría el tiempo... pero, amigo, la vida canonical no es tan desocupada para mi como quizá lo había sido para otros. Siempre tengo y me dan que hacer, de manera que apenas puedo seguir mis precisas correspondencias epistolares. Añada V.M. sermones de aparato, aposentamiento de Obispos, encargos capitulares, fundación del Colegio de San Marcial de Rubicón para mozos de coro”<sup>(5)</sup>.

- 
- (3) Alfonso Armas Ayala: “El Neoclasicismo en Canarias”. Separ. Rev. “EL Museo Canario”, Julio-Septiembre 1945.
- (4) Viera escribió a Urtusástegui diecisiete cartas: la primera fue enviada desde La Laguna, doce desde Madrid y las cuatro restantes desde Gran Canaria. (J. Lorenzo Perera: Colectivo Cultural Valle Taoro.—La Laguna, 1983).
- (5) Contrasta este alegato de Viera con lo que manifiesta en el prólogo de la traducción del poema “La Elocuencia”: declara que hallándose en París leyó la obra de La Serre y que, animado a traducirla, no le fue posible hasta pasados diez años, en el retiro de una isla, “donde hay sobrado tiempo que desperdiciar, y donde si no se cultiva la imaginación, insensiblemente se hace agreste”.

“En verdad que al paso me divierto con la preciosa variedad de lavas y piedras volcánicas con que por todas partes tropiezo, y que deben ser admirables a los ojos de cualquier naturalista. Lo mismo digo de las tierras y plantas, entre las cuales he encontrado la Rubio Silvestre de bella calidad, cuyas raíces he beneficiado y teñido con ellas la lana preparada según arte, dándole el tinte firme correspondiente, lo que puede ser de mucha utilidad a nuestras fábricas de lana”.

Ellas (las ocupaciones) y el horror bien fundado al mar me detienen en el deseado empeño de hacer una visita a nuestro Tenerife, en la que verificada que sea, espero tener la complacencia de abrazar a todos mis antiguos amigos...”.

El regreso a las islas le restituye a la convivencia de sus hermanos. Disfruta de una prebenda que le permite dedicarse, sin preocupaciones ni agobios económicos, a las actividades y afanes que siempre ocuparon su atención. Ha cruzado con achaques la barrera del medio siglo, pero no le abandona esta curiosidad que esvavoriza el ánimo y presta el vigor necesario para afrontar nobles empresas intelectuales. Persisten su sagacidad crítica, su laboriosidad fecunda; distribuye sus horas en actividades tan dispares como las de signo religioso, extracto de actas en la Sociedad Económica de Amigos del País, traducciones, pequeños trabajos literarios y prácticas y experimentos científicos. Abandona paulatinamente aquel desenfado crítico que le distinguió en sus años mozos, fruto de su preocupación por la exactitud y la verdad.

El testamento de Viera, otorgado año y medio antes de su fallecimiento, constituye el más elevado testimonio de la profunda religiosidad de un hombre que emprende el itinerario de su último peregrinaje. “Al leer el testamento del señor Viera —escribe uno de sus biógrafos— vienen ganas de borrar todo lo que se deja dicho de él, si la verdad histórica no obligara con su inflexible ley...”<sup>(6)</sup>.

(6) Puede parecer extraño que Viera otorgase su testamento en Telde y no en Las Palmas, pero el motivo tiene una clara explicación. Hacia finales de 1810 sufre la capital de la isla una grave epidemia de fiebre amarilla. Salvando el cordón sanitario, el arcediano pasó a Telde, acompañado por su hermana María Joaquina y su sobrina Micaela Gironi. Es verosímil que la gravedad de la epidemia y el elevado número de víctimas mortales aconsejasen a Viera dejar constancia notarial de sus últimas voluntades.

Se ha atribuido a Viera aspereza en su trato personal. Bastaría la lectura de algunas de sus cartas para deshacer este error. No puede achacarse tal defecto a un hombre cuyo corazón se inunda de ternura al evocar la fantasía poética de los amores del capitán Castillo y la infanta Dácil, hija del rey de Taoro, o la muerte de Guillén Peraza, el príncipe que, como dijo Agustín Espinosa, murió en “pecado inmortal”.

“Vibraba el corazón del gran hombre a impulsos de los sentimientos más delicados y puros —escribe don José Feo y Ramos—... y muchos de sus actos, por demasiado infantiles, provocarían hoy alguna despectiva sonrisa...”<sup>(7)</sup>.

---

(7) José Feo y Ramos: “La fundación del Colegio de San Marcial de Las Palmas y la dirección de Viera y Clavijo.—Rev. “El Museo Canario”.—Nº 1.—Enero-diciembre 1933.





*Capilla de San José, Catedral de Las Palmas, donde se conservan los restos del Arcediano Viera.*

## ÚLTIMOS SERMONES

El prestigio de Viera en Canarias es ahora superior al que había cosechado antes de su salida del archipiélago. Las noticias divulgadas sobre su vida en Madrid y la publicación de la Historia de las islas, cuidadosamente elaborada durante años, le convierten en una figura eminente y respetada. Su curiosidad científica se agudiza: al año siguiente al de su regreso aprovecha una visita a la villa mariana de Teror para realizar análisis del “agua agria” que desde época inmemorial fluye en aquel término. Como reconocimiento de la importancia de este trabajo, la Económica de Amigos del País le nombra socio honorario y, más tarde, director. Desde este cargo, que ostentará hasta el final de su vida, presta una valiosa y permanente colaboración en las actividades de la entidad <sup>(1)</sup>.

Su natural inquietud encuentra aplicación en diversas empresas de carácter cultural. Propone a sus compañeros capitulares la creación de un Colegio para mozos de coro de la Catedral, bajo la advocación de San Marcial de Rubicón, a “fin de reformar la indecencia de los sirvientes que hasta allí se habían tolerado”. Aprobada esta propuesta por el Cabildo y autorizado el proyecto por el obispo don Antonio de la Plaza,

(1) “Por septiembre estuve en Teror, donde me divertí en el Examen Analítico que hice de aquella fuente agria, para lo que llevé mis ingredientes, ejecutando algunos experimentos muy curiosos y descubriendo que todo su ácido y espíritu mineral lo debe enteramente al aire fijo de la tierra calcárea...”. (Carta a don Juan Antonio Urtusástegui, 28 de enero de 1786).

el nuevo centro comenzó su labor docente bajo la dirección del propio Viera; redactó el Reglamento de régimen interno y ordenó lo relativo a concesión de becas, distribución de horarios, tipo de enseñanza, etc. Sus afanes y desvelos por esta obra no excluye el sacrificio de su propio patrimonio, dispuesto siempre a garantizar la estabilidad y permanencia del Colegio.

Pero no era esto lo más urgente. Ni siquiera lo más necesario. Mientras la isla acrecienta y perfecciona su cultura, la Iglesia no está muy sobrada, salvo escasas excepciones, de hombres capaces de hallar el verdadero matiz de la oratoria y ese claro cortejo de palabras, ideas, ejemplos y deducciones que abren a los fieles una vía de comprensión de ciertas materias aparentemente difíciles. Viera se propone subsanar este vacío y en parte lo consigue; “Por lo que mira al ministerio del púlpito es bien notoria la aceptación general que se consiguió en Canaria, desempeñando los sermones panegíricos de las festividades más célebres. En el primer año de su residencia, predicó el de San Agustín, en su convento, cuya oración tuvo la fortuna de hacer la más viva y extraordinaria impresión en el auditorio, resonando por todas las demás islas el eco, quizá porque se notó no sé qué nuevo género de elocuencia...”<sup>(2)</sup>. Este sermón, predicado el año 1785, cuando a Viera —según observa Rodríguez Moure— “ya se le hacía pesado subir las escaleras del púlpito”<sup>(3)</sup>, alcanzó una gran resonancia en el archipiélago y mereció honores de imprenta. Posteriormente le fueron encargados los panegíricos de San Ildefonso, San Bernardo, Santa Clara, San Pedro, Nombre de Jesús, Octava del Corpus, Natividad de la Virgen (en Teror), la Asunción, Santa Teresa... en fechas y lugares generalmente reservados a los oradores más sobresalientes, por tratarse de solemnidades religiosas a las que eran invitadas las corporaciones y representaciones oficiales de la isla.

La Sociedad Económica de Amigos del País le encarga la oración fúnebre de Carlos III, en las exequias celebradas en la iglesia del seminario el 17 de mayo de 1789. Viera exalta la memoria del monarca por quien había sentido siempre una sincera y apasionada admiración. Fue el broche de oro de su carrera de predicador. Recordará siempre la solemnidad de este acto, sin omitir el detalle de que subió al púlpito revestido “con aparato de capa de coro y falda suelta”.

(2) Viera: “Memorias”.

(3) Rodríguez Moure, José: Ob. cit.



Conservó Viera hasta el final la elegancia verbal que había adquirido en sus años de estancia en La Laguna y Madrid, libre ya de la influencia nefasta de unos modelos de oratoria excesivamente retóricos. Recordando esta época escribe en sus “Memorias”:

“Aunque cuando la empezó (la carrera de predicador) se acomodó por desgracia a aquel género de oratoria estulta que dominaba a la sazón en las islas, y aun en toda España, fue luego el mismo D. José de Viera el primero a quien en Tenerife debió el púlpito su reforma, su decoro y su dignidad; porque versado ya en la lectura de los más célebres oradores franceses, se empeñó en imitarlos y en desterrar aquel abuso, hijo de una autorizada ignorancia, no sin aceptación y edificación general, como lo certificaron después bajo juramento los párrocos de la Laguna”... “Desde entonces, adquirió en Tenerife los créditos de predicador sobresaliente, a quien se encomendaban los sermones de las festividades más ruidosas: cuaresmas, octavarios, novenarios, pláticas, etc., y esto por el dilatado espacio de dieciseis años, en diferentes iglesias de aquellos pueblos, pasando de ciento cuarenta los sermones que pronunció...”.

Debe entenderse que nos ocupamos de la oratoria de Viera y Clavijo sin salirnos del marco de una época y con referencia ajustada al momento cultural en que el arcediano desarrolló sus actividades. Vista con ojos actuales es más que probable que esta oratoria nos resulte ritual y formalista. Pero si retrocedemos al instante en que los sermones fueron pronunciados, fácil será comprobar que el polígrafo isleño igualó, e incluso superó, a muchos de los oradores sagrados que en España alcanzaron fama y prestigio. Puede descubrirse en la oratoria de Viera luces y sombras, lunares y manchàs; pero el crítico que se proponga analizarla con limpieza habrá de partir de una realidad; los errores de detalle son tan inapreciables que no alteran el mérito del conjunto. Para examinar esta oratoria habría que compararla con la anterior y la posterior a su época: conocer de dónde salió, el esfuerzo que significó su plan renovador y su método personalísimo. Tratarla, en una plabra, como el fenómeno de una época, y sin el rigor minucioso de un análisis clínico.



Lápida de la sepultura de Viera y Clavijo en la Catedral de Las Palmas.

## LA SOMBRA DE VIERA

Pienso a veces que sólo en un país como el nuestro, tacaño y cominero para la ponderación del mérito ajeno, de espaldas a la luz de sus valores, puede pasar inadvertida la figura excepcional de Viera y Clavijo. Ahí está su obra, viva, lúcida, originalísima, al extremo de dejar a quien se acerque a ella sorprendido, desarbolado: saboreando una prosa ajustada al carácter del escritor como la hiedra al tronco; llena de afanes informativos y de voluntad didáctica. Sin el estímulo de algunos estudiosos, la obra de Viera reposaría muerta como las piezas de un museo, y no es ese el destino que corresponde a su verdadero mérito.

Contemplamos hoy los años de existencia terrenal del historiador como los de realización de un trabajo en el que se consiguen no pocas plenitudes. Concebía Viera la vida como un resumen de afanes y proyectos. ¿Se propuso, también, modelar su propia estatua, fijar el basamento de su memoria? Es posible que así fuese, pero no deduzcamos de ello que estaba poseído predominantemente por arrebatos de popularidad. Alguna sombra de vanidad se agitaba en su ánimo a medida que crecían en su interior la conciencia del éxito y el halago de quienes le rodeaban. Sin embargo, su pasión intelectual caminaba a la vera o entrelazándose con su ardiente voluntad creadora.

La sombra de Viera, como en un drama de Shakespeare, ronda, brinda, alienta y se decanta en nuestros días. El hombre y la obra deben representar siempre un señuelo para futuros estudiosos. Fue pluma río,



pluma fuente de lo fácil y liviano, cuando así convenía, y de lo riguroso y serio en toda ocasión. Goce momentáneo, volandero, en el sortilegio y la liviandad de lo periodístico; innovador con la sensibilidad y la emoción de su oratoria. Buscador de lo sencillo sin concesiones a lo trivial, sin descuidos ni vacilaciones, sin aburrimiento ni desmayo. Una pluma aplicada a zonas heterogéneas. Cartera repleta de papeles con citas europeas, anotaciones de ideas halladas al paso. Ejemplo de escritor humanísimo, espíritu aristocrático, en fin, que supo suplir a veces la ausencia de aristócratas de verdad.

· Ahí está, repetimos, su obra, sometida al criterio de todos, puesto que afecta a un condominio, sin títulos de propiedad exclusiva. Con defectos patentes, sin duda, pero con un mérito que no podrá regateársele. No hacen falta mayores minucias, ni se precisan más severos análisis. Canarias avivó la llama de su espíritu; Europa la enriqueció de cerebrales labores.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO (María Rosa): "Viera y Clavijo" (Floresta de poesía canaria.— Tenerife, 1946.— N.º 21, pág. 6).
- ALVAR (Manuel): "Vegueta, la adormecida" (Tercera pág. de "ABC".— 15 mayo 1984).  
Prólogo y observaciones al "Diccionario de Historia Natural" (Exc. Mancomunidad de Cabildos.— Plan Cultural.— Las Palmas, 1982).
- ÁLVAREZ RIXO (José Agustín): "Cuadro histórico de estas islas Canarias, de 1808 a 1812".
- ARMAS AYALA (Alfonso): "El Neoclasicismo en Canarias" (Rev. "El Museo Canario".— Julio-Septiembre 1945).
- ARTILES (Joaquín) e Ignacio Quintana: "Historia de la Literatura Canaria".
- BATLLORI Y LORENZO (José): "D. José de Viera y Clavijo" (Noticias de su vida y de su obra).
- BENÍTEZ PADILLA (Simón): Estudio preliminar al libro de Alvarez Rixo "Cuadro histórico de estas islas Canarias".
- BLANCO MONTESDEOCA (Joaquín): "Biografía de don José de Viera y Clavijo".— (Artes Gráficas Clavileño, S.A.).
- CASTRO FARIÑAS (J.A.): "Gaceta de la Prensa Española".—N.º 69.- Noviembre 1953.
- CIORANESCU (Alejandro): Edición, introducción y notas a "Dos viajes por España" (La Mancha 1774-La Alcarria 1781).  
"Viera y clavijo y la cultura francesa".— (Revista de Historia, X-XII-1949).  
Introducción y notas a las "Noticias de la Historia General de las Islas Canarias". Goya Ediciones.— S.C. Tenerife 1967.
- COLECTIVO AGUIJON-OROTAVA: Estudios preliminares al "Librito de la Doctrina Rural".
- ESPINOSA (Agustín): "Sobre el signo de Viera" (Instituto de Estudios Canarios.— La Laguna 1935).
- FEO Y RAMOS (José): "La fundación del Colegio de San Marcial en Las Palmas y la dirección de Viera y Clavijo" (El Museo Canario.—N.º 1.—Enero-diciembre 1933).
- GARCÍA VENERO (Maximiano): "Canarias" (Biografía de la Región Atlántica). Ed. Nac.—Madrid 1962.
- GUERRA (Lope de la): "Memorias" (Ed. "El Museo Canario").
- GUIGOU Y COSTA (Diego M.): "El Puerto de la Cruz y los Iriarte" (Datos históricos y biográficos).
- LORENZO-CÁCERES (Andrés de): "José de Viera y Clavijo" en "Mensaje".—Tenerife, 1945.

- MAFFIOTTE (Luis): "Los periódicos en las islas Canarias".— (Apuntes para un catálogo).— Madrid, 1906.— 3 volúmenes.
- MILLARES CARLÓ (Agustín); "Bibliografía de escritores naturales de las islas Canarias (siglos XVI, XVII y XVIII)".
- MILLARES TORRES (Agustín): "Biografías de canarios célebres".
- MORALES (Prudencio): "Hace un siglo". (Recuerdos históricos)
- MORALES LEZCANO (Victor): "La Ilustración en Canarias". ("Anuario de Estudios Atlánticos". N.º 11.— 1965).
- NEGRÍN FAJARDO (Olegario): "Retablo de educadores canarios contemporáneos de Viera y Clavijo..." ("Anuario de Estudios Atlánticos". N.º 28.— 1982).
- PÉREZ (Dionisio): "El arcediano que tenía la sonrisa de Voltaire" (S.C. de Tenerife.— Bib. Canaria.— Págs. 1-13).
- RÍO AYALA (Juan del): "Viera y Clavijo, químico y naturalista" (Separata "Museo Canario".— Año II.— N.º 2.— Enero-abril 1934).
- RODRÍGUEZ MOURE (José): "Juicio crítico del historiador de Canarias don José de Viera y Clavijo, arcediano de Fuerteventura". (S.C. de Tenerife, 1913).
- ROMEU PALAZUELOS (Enrique): "La Tertulia de Nava". (Pub. Exc. Ayuntamiento de S. Cristóbal de La Laguna. N.º 3, 1977).
- URTUSÁUSTEGUI (Juan Antonio): "Diario de viaje a la isla de El Hierro en 1779" (Ed. de Manuel J. Lorenzo Perera).



## MONENCLATURA

- Adamson: 46  
Adelantados: 29, 33  
Agustín, San: 36, 61, 69, 96  
Aguilar y Paz, Francisco: 54  
Alamo y Viera, Gabriel: 31  
Alcántara, Pedro de: 61  
Almodovar, duque de: 87  
Alvar, Manuel: 32  
Alvarez Rixo, J.A.: 56  
Anselmo, San: 69  
Aranda, conde de: 90  
Armas Ayala, Alfonso: 31, 91  
Asfeld, príncipe: 90  
Avendaño, Cristóbal de: 61  
Avila, Juan de: 61  
"Azorin": 24
- Barcia y Zambrano, José: 62  
Barón de Pun: 17, 53, 54, 55  
Beethoven: 91  
Bento, Rafael: 56  
Bernardi, Domingo: 52  
Bethencourt, Agustín: 40  
Bethencourt, Juan de: 77  
Blanco Montesdeoca, Joaquín: 79  
Blancherie, Mr. de la: 29  
Bontier y Lavarrier: 77  
Bordalou: 71  
Borja, Francisco de: 61  
Boussuet: 71  
Braganza, Bárbara de: 41  
Buen Paso, vizconde del: 79, 89
- Campomanes, Conde de: 85  
Carlos III: 43, 85, 87, 96  
Carnicer, Isidro: 90  
Castro Fariñas, J.A.: 43  
Castro y Soria, Juan de: 40  
Clavijo, Antonia María: 31  
Clavijo y Fajardo, José: 23  
Cocho, Juan: 50
- Collantes, Francisco: 61  
Corregidor: 33
- Chemonais: 71
- D'Alembert: 46  
Dávila Sánchez, Diego: 51, 53, 54  
Debille: 85  
Déniz, P. Mr.: 68  
Dessonmeaux: 84  
Diderot: 41  
Duchesne: 84
- Estévanez Calderón, Serafín: 24  
Espinosa, Agustín: 93
- Fabregot: 90  
Falcón de Alarcón: 67  
Farnesio, Isabel de: 72  
Feijóo: 40, 69  
Felipe III: 61  
Feo y Ramos, José: 93  
Fernández de Villegas, Pedro M.: 78  
Fernando VI: 41  
Ferrerías: 84  
Fléchier: 71  
Flores, José Miguel de: 85, 87  
Forney, Mr.: 54  
Franchy, Juan Ant<sup>o</sup> de: 46, 50  
Franklin, Benjamín: 46, 80  
Fuftendorff: 84
- García Venero, Maximiano: 46  
Granada, fray Luis de: 61  
Guerra, Fernando de la: 39, 40, 74  
Guerra, Lope de la: 40, 80  
Gutenberg: 28
- Hainant: 84  
Hanty, Francisco de la: 72  
Herrera Leiva, hermanos: 40  
Hoyo, Cristóbal del: 40, 44

- Infantado, duques del: 80  
 Isla, P.: 62, 75  
  
 Jovellanos, G.M. de: 87  
  
 Kaunitz, príncipe: 90  
  
 La Harpe: 46  
 La Lande: 46  
 Larra: 24  
 León, fray Luis de: 61  
 Le Roy: 46  
 Lichstein, príncipe: 90  
 Lombardo, Pedro: 69  
 Lorenzo Perera, Manuel J.: 91  
  
 Llara, José de: 40, 78  
  
 Madan, Agustín Ricardo: 79, 85  
 Maffiotte: 24  
 Mariana de Austria: 62  
 Marianas: 84  
 Martín, P. Juan: 75  
 Masillon: 71  
 Mecier: 46  
 Meddranda, Joseph: 49  
 Menéndez Pelayo, M.: 46  
 Mesonero Romanos, Ramón de: 24  
 Metastasio: 80  
 Molina Quesada, Fernando: 40  
 Monteduro, Duhamel de: 46  
 Monteverde, Beatriz de: 55  
 Morales Lezcano, Víctor: 38  
 Morales, Prudencio: 56  
 Morán, Valentín: 66  
 Mukarovsky: 17  
  
 Nava Grimón, Tomás de: 39, 40  
 Nava, palacio de: 37, 40, 57, 79  
 Nebrija: 25  
 Negrín Fajardo; Olegario: 28  
 Nicolás (Viera): 33  
 Nipho Cajigal, F.M.: 23  
 Núñez de Castro, Pedro: 61  
 Núñez de la Peña: 77  
  
 Orleans: 84  
  
 Pacheco Solís, Manuel: 40  
 Pantaleón, San: 87  
 Paravicino: 61  
  
 Partorrecio, Domingo: 50  
 Pastrana, Juan Nep.: 86  
 Peraza, fray Antonio: 67  
     ez de Heredia, Miguel: 61  
     za, Antonio de la: 95  
 Ponce de León, F. Basilio: 61  
 Puerta Canceco, J. de la: 45  
 Racine: 85  
 Robertson: 84  
 Rguez. Moure, José: 29, 33, 36, 38, 39,  
     56, 96  
 Romeu Palazuelos, E.: 36, 51, 68  
 Rumeu de Armas: 42  
 Sainmore, Blin de: 85  
 Salazar, Lorenzo de: 40  
 Salazar, Martín de: 40  
 Sempere y Guarinos: 71  
 San Cristóbal, Julián: 55, 56  
 Santa Cruz de Mudela, M.: 79  
 Santa Cruz, marqueses de: 80, 87  
 Serra Rafols: 18  
 Silva Bazán, José Joaquín: 79  
 Solises: 84  
 Staremberg, príncipe de: 90  
 Sterne: 91  
 Taine: 36  
 Tomás, Santo: 69  
 Torres Villarroel, Diego: 43  
 Tostado, Alonso: 86  
 Teresa de Avila: 72  
 Urstusáustegui, Juan A.: 40, 78, 80, 91, 95  
 Valoix y Cologan: 40  
 Van Stenford, Arnaldo: 41  
 Vayra: 84  
 Veragua, duque de: 90  
 Villa de San Andrés, marqués de: 89  
 Villanueva, fray Pedro de: 61  
 Villanueva del Prado, marqués de: 39, 42,  
     80  
 Villanueva, Tomás de: 61  
 Virgilio: 85  
 Viso, marqués del: 79, 85, 89  
 Voltaire: 18, 41, 46, 84  
 Wadding, José Tomás: 66  
 Waldstein, Mariana: 87  
 Wasseberg, príncipe: 90  
 Werwick, duque de: 90  
 Zerolo, Elías: 25  
 Zurita: 84

## OBRAS DEL AUTOR

- *Biobibliografía de don José Viera y Clavijo*. (Premio Museo Canario, inédito).
- *Galdós en su tiempo*. 1969. (Dos ediciones).
- *Efímera Voz*. 1970 (Poesía).
- *Andar y Ver*. 1972. Viajes.
- *El Escritor y su paisaje*. 1973. (Tres ensayos).
- *Crónica intemporal*. 1976. (Col. de artículos).
- *Glosario de un lector*. 1977. (Crítica literaria).
- *Láminas de luz*. 1978. (Poesía).
- *Evocación y memoria de un paisaje*. 1978. (Viajes).
- *Crisálida*. 1979. (Meditaciones).
- *Gáldar*. (Viñetas de una época). 1980.
- *Porfiria*. 1981. (Crónica de un paciente).
- *Evocación*. 1982. (Poesía).
- *Historia y novela en los Episodios Nacionales*. (1983).
- *Puzzle*. 1986. (Poesía).
- *Romance del Guanarteme*. (1988).
- *Album de autógrafos*. (1988).
- *Viaje al pasado*. (1988).

## EN COLABORACIÓN

- *Galdós*. 1972. Con José López Rubio y Mario Parajón.
- *Puente Iluminado*. 1975. (Poesía). Con José Rodríguez Batllori.
- *Sardina, puerto del Atlántico*. 1979. (Apuntes históricos).  
Con Antonio Rodríguez Batllori. (2 ediciones).





**LACAJA**  
**DE CANARIAS**



9 788450 598162